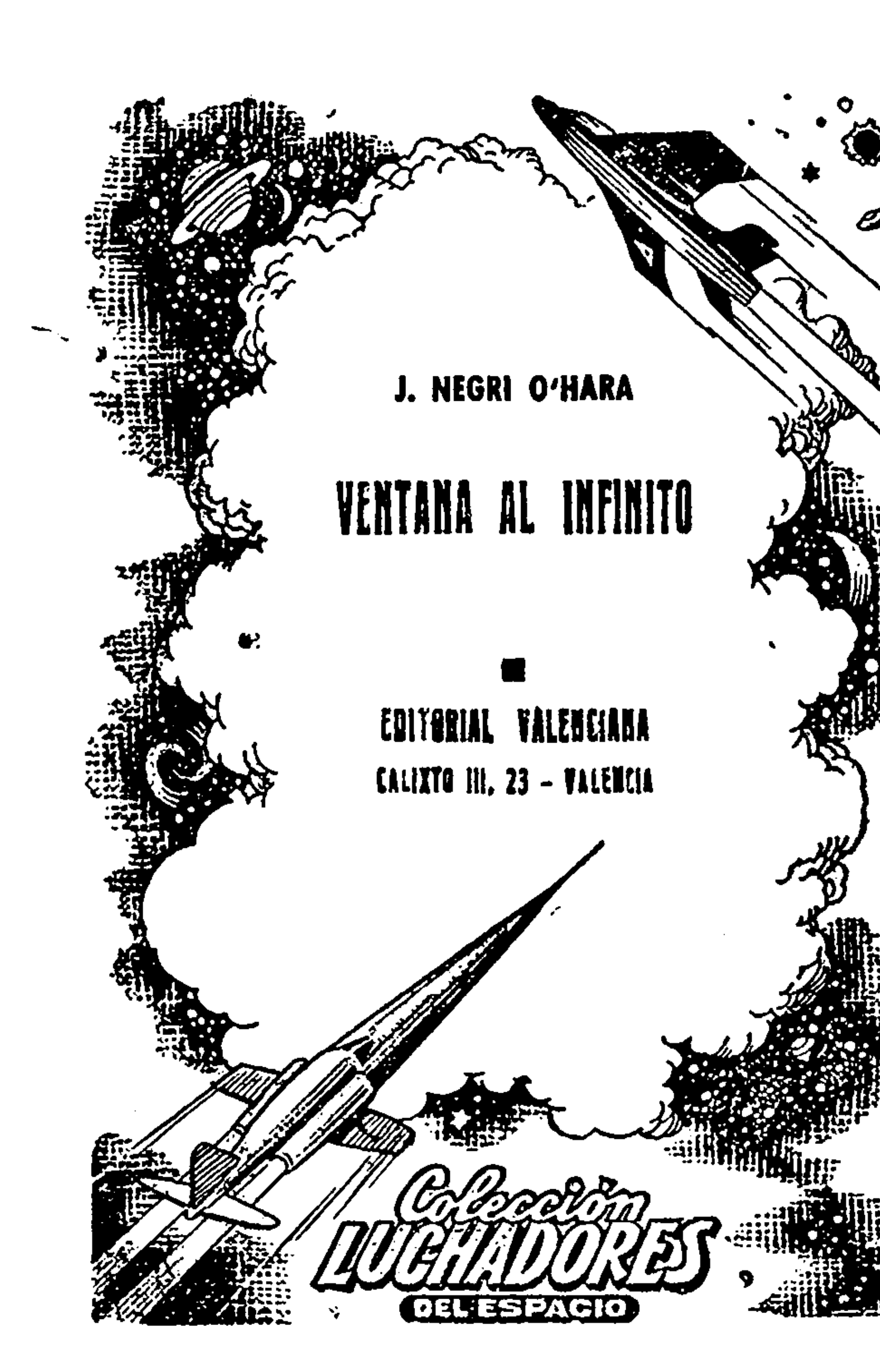

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
VENTANA
al INFINITO
J. NEGRI O'HARA


J. NEGRI O'HARA
VENTANA AL INFINITO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPÓSITO LEGAL V. -680.-1958
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA. Valencia



CAPÍTULO I

Tres bólidos y una organización

Siempre que Chergui-ben-Suleim tenía necesidad de tomar alguna decisión de cierta importancia, ejecutaba la misma operación. Salía al atardecer, cuando el sol lanzaba sus postreros rayos anaranjados, y, buscando un lugar solitario, abismábase en profundas meditaciones. En la mayoría de los casos, la solución apropiada, precisa y rutilante, surgía en su mente.

En esta ocasión hizo lo de costumbre: ascender el declive que le conduciría a la cima de la pequeña colina, desde la que podía contemplar tres cosas que le agradaban. Una de ellas era el majestuoso Tigris a su paso por la provincia iraquesa en que él nació y a la que no deseaba abandonar; otra, la hermosa vista que desde aquel lugar presentaba Basora, y, por último, y no por ello menos importante para Chergui-ben-Suleim, la plantación algodonera que se extendía a sus pies.

Aquel era el motivo de su actual preocupación. Chergui-ben-Suleim

poseía una pequeña explotación de sal que le dejaba buenos beneficios, pero su hermano, dueño del campo algodonero, le hizo una proposición. Le dio opción a ser el primero en ofrecer, y, caso de ser un precio razonable, le cedería la plantación mejor que a otro cualquiera, pues deseaba marchar de Basora, a un lugar del Sur de África.

Precisamente aquel día se cumplía el plazo señalado por su hermano y al siguiente habría de comunicarle su decisión. Durante esos cinco días, Chergui-ben-Suleim no había dejado de contornear la plantación con el secreto deseo de hallar motivos para desvalorizarla.

Lanzó una mirada al paisaje que podía contemplar desde allí, antes de abismarse en la oración de la tarde.

Efectuó ésta en un profundo recogimiento, intercalando en ella varias humildes peticiones encaminadas a que algún imprevisto acontecimiento le hiciera dueño del campo algodonero por una cantidad equivalente a un tercio -o menos, si era posible- de su valor real, agregando para ello otra oración con objeto de fortalecer el ruego. Porque, ante todo, Chergui-ben-Suleim era un fervoroso creyente.

Al terminar, quedó en cuclillas, en muda contemplación. En aquel momento elevábase del aeropuerto un avión de pasajeros, que, tomando una curva por encima de la bandera cuyos colores negro, blanco y verde aún podía divisar Chergui-ben-Suleim, tomó el rumbo hacia Bagdad. Los rayos del sol poniente arrancaron reflejos plateados del aparato.

Chergui-ben-Suleim siguió con la vista la trayectoria del vuelo, hasta que sólo fue a lo lejos un puntito débilmente runruneante.

Y entonces fue cuando descubrió aquel otro puntito luminoso. Era pequeño, casi imperceptible, pero él poseía vista de águila.

Siguió observándolo atentamente. Crecía de tamaño ostensiblemente y hasta pudo calcular su trayectoria con una ligera inquietud.

Ahora pudo verlo con toda perfección. Era un cuerpo alargado y luminoso que dejaba a su paso una fugaz estela de un rojo brillante.

Un temblor irrefrenable invadió a Chergui-ben-Suleim. Aquel extraño objeto se precipitaba a velocidad vertiginosa sobre el lugar en que él se encontraba.

Oyó el agudo y metálico silbido producido por la fricción del objeto con el aire, cuyo hiriente silbido llegó a ensordecerle a medida que aumentaba

en volumen.

Cerró los ojos, aterrorizado, y, con movimiento instintivo, sepultó el rostro en la tierra, esperando el horrible final.

Sintió que le azotaba una oleada de aire caliente y oyó el sordo estruendo del cercano impacto, que hizo estremecerse la colina como sacudida por un leve temblor de tierra.

Tras unos segundos se incorporó y miró con temor a su alrededor. Allí, justamente en el centro de la plantación algodonera, elevábase una humareda del cráter producido por la caída del objeto. La tierra despedida formaba montones junto a los bordes.

A toda la velocidad que le permitía su larga vestidura, bajó Chergui-ben-Suleim la colina, dirigiéndose hacia aquel lugar.

No pudo aproximarse mucho porque el cráter despedía un calor insoportable, pero, a través del humo, pudo vislumbrar una parte del objeto que brillaba como oro en fusión.

Cuando las sirenas de los vehículos enviados al lugar del siniestro rasgaron el silencio de la tarde, ya Chergui-ben-Suleim alejábase en dirección a Basora por un apartado sendero.

Y su paso era alegre y su mirada chispeante.

Y sus labios mostraban los lobunos dientes, mientras mentalmente daba gracias al dios del Islam, que tan rápida y eficazmente accedía a las súplicas de los fervorosos islamitas.

* * *

El ingeniero japonés Kiro Nayosi, acabó de comprobar el registrador de revoluciones y se acercó al amplio ventanal que daba vista a las extensas y bien cuidadas pistas para ensayos de los automóviles fabricados por la industria que le tenía contratado.

Ofreció un cigarrillo al técnico de tumo, que también contemplaba el exterior desde el ventanal, y aspiró con fruición el humo.

-Hermosa noche -comentó, y su mirada quedó detenida en el lejano resplandor de los anuncios luminosos que parpadeaban desde Nagoya, la industrial y populosa ciudad de la isla japonesa de Hondo.

-Puede que lo sea, señor -concedió el técnico-; pero usted debe estar rendido. Pronto llegará el turno de relevo y usted ha permanecido aquí tres turnos seguidos.

-Lo sé, Hitako. Pero esto es muy importante para mí.

-Debe descansar, señor. Cualquier novedad le sería comunicada inmediatamente.

Kiro Nayosi denegó con la cabeza. No le era posible abandonar la sala de controles precisamente en los momentos que él consideraba culminantes.

Justamente cinco semanas antes habían comenzado las pruebas de aquel nuevo acero cuya fundición fue idea suya. Había sido sometido a rigurosas comprobaciones de presión y tensión, arrojando resultados altamente satisfactorios.

Y ahora se hallaban finalizando las pruebas de frotamiento que darían el coeficiente de fatiga y resistencia, antes de emplear este acero en los nuevos vehículos de reacción que proyectaban fabricar.

Aquel era un paso importantísimo en la carrera del joven Kiro Nayosi, y, por ello, turno tras turno, permanecía junto a los cuadros de controles, atento a cualquier incidencia.

La noche, ya avanzada, mostraba el fascinante espectáculo de sus millares de estrellas.

Súbitamente, un intenso fulgor iluminó el campo visual de Kiro Nayosi, y, antes de que pudiese sacudir el asombro, un centelleante objeto luminoso vino a precipitarse con violencia aterradora en la pista sur.

Simultáneo con la llamarada, el estampido estremeció al edificio, haciendo añicos gran número de cristales.

Rápidamente reaccionó Kiro Nayosi. Indicando al técnico que no abandonara los controles se precipitó escaleras abajo hacia el retén para casos de emergencia.

Ya estaban disponiéndose a salir los operarios de servicio, en los vehículos dotados con grandes extintores de incendios.

Kiro Nayosi consiguió subir al primero de ellos, y pronto llegaron a una prudente distancia del lugar de la impacción.

Una intensa vaharada de calor le azotó el rostro al descender. Montones de tierra removida le impedían ver el agujero que produjo el objeto, y del que brotaba un humo ligero y un brillante resplandor.

Ordenando a los hombres esperasen sus instrucciones, Kiro Nayosi avanzó cuanto le permitió el irresistible calor que irradiaba aquel lugar. Sólo pudo ver, a través del humo, una pequeña parte de metal incandescente.

Volvió a la carrera y recomendó:

-Acérquense cuanto puedan y lancen la espuma. Aparentemente no existe peligro. Que uno de los vehículos me traslade al pabellón y avise a los camiones cisternas para que acudan aquí.

Y cuando Kiro Nayosi llegó nuevamente a la sala de controles, para comunicar por teléfono que en la pista de pruebas había caído probablemente un aerolito, no creyó en absoluto que hubiese ocurrido nada portentoso.

* * *

Los motivos que indujeron a Igor Rasov para seguir aquella noche el camino que bordeaba al río Angara, en lugar del que era su camino habitual, es cosa que no puede aclararse. Tal vez influyera en ello la bonanza del tiempo y el placer que le producía caminar admirando aquel cielo excepcionalmente brillante en aquellas latitudes.

Lo cierto es que Igor Rasov marchaba a buen paso desde su casa a la estación ferroviaria de Irkutsk para llegar a ella a medianoche, hora en que habría de efectuar el relevo en la radio.

Hacía algún tiempo que Igor Rasov ingresara como factor en el ferrocarril Transiberiano, y se preciaba de haber sido, durante su vida ferroviaria, un exacto cumplidor de los horarios señalados para tomar el servicio.

Consultó nuevamente su reloj de pulsera y respiró satisfecho. Aún le sobraría tiempo, al llegar a la estación, para saborear una buena taza de té y unas bocanadas de humo de tabaco, antes de hacerse cargo de aquel aburrido turno en la emisora-receptora de radio.

Miró las aguas del río reflejando las estrellas, y recordó con agrado aquella excursión que hizo hasta el nacimiento en las cercanías del lago Baikal.

De improviso, aquellas aguas reflejaron una radiante y gigantesca estrella que surcaba el espacio, aproximándose a la Tierra.

Vivamente, Igor Rasov dirigió la vista hacia aquel lugar, y sólo tuvo tiempo, espantado, de encogerse con temor ante el inevitable y feroz choque.

Fue envuelto en un hálito cálido como el que despide la puerta de un horno abierto, y oyó el espantoso y apagado estruendo que levantó un surtidor de agua y limo en la orilla del río.

Dando un rodeo, logró aproximarse al lugar en que cayera el objeto,

más hubo de detenerse ante la barrera de insoportable calor que rodeaba al agujero.

Buscó un lugar algo más elevado donde poder contemplarlo mejor. La tierra húmeda parecía estar en ebullición. Columnas de humo mezcladas a las del vapor de agua enturbiaban la hoya abierta por el choque.

Sin embargo, Igor descubrió un trozo tan dorado y brillante, que le recordó un segmento del sol apareciendo en el horizonte.

Y, presa de un inexplicable temor, corrió desesperadamente hacia la estación ferroviaria para dar cuenta de lo ocurrido.

Llegó a ella jadeante y agotado. Y comprobó, con pesar, al echar una ojeada al gran reloj eléctrico, que había llegado, por primera vez en su vida profesional, con diez minutos de retraso sobre la hora señalada.

* * *

La Organización Mundial de Investigaciones Siderales, conocida por «Ciudad de los sabios», fue creada por iniciativa de un grupo de científicos de distintas nacionalidades. Acogida favorablemente la propuesta por la casi totalidad de los países, recayó en Norteamérica, exactamente en la región de Arizona, la elección para ser la sede de este nuevo Organismo internacional.

La dirección le fue confiada al prestigioso profesor Richard Crabb, mundialmente conocido por sus famosas teorías sobre satélites artificiales, que, llevadas a la práctica, dieron origen al espectacular triunfo del establecimiento de tres plataformas-satélites que funcionaban con regularidad y que servirían de puntos de partida para las interesantes exploraciones del espacio.

Esta Organización contaba con la colaboración de eminentes hombres de ciencia, y con la de cualquier científico u hombre con conocimientos técnicos, de cualquier país del mundo, que descollara en alguna especialidad de aplicación a la finalidad de la Organización.

Una sola insinuación que lanzara, era atendida, rápida y eficazmente, por la nación donde residiera el hombre necesario.

Así, pues, el cuadro de colaboradores con que contaba míster Crabb era, en realidad, el más perfecto conjunto de científicos y técnicos que pudiera hallarse.

Además, las delegaciones creadas en todas las naciones, enviaban a la Central de Arizona mensajes de todo cuanto en el orden científico espacial

pudiera resultar de algún interés. Estos mensajes eran examinados por hombres especializados, que solamente indicaban en el parte que diariamente entregaban a míster Crabb, los que realmente consideraban dignos de especial atención.

Aquella mañana, míster Crabb llegó al edificio central con la puntualidad cronométrica que le caracterizaba.

Llegado que hubo a su despacho, despojóse del gabán, y, mientras lo dejaba en el perchero junto con el sombrero, dijo al secretario, que acudió a su llegada:

-Magnífico día, Wrigh. ¿Hay alguna novedad?

-Lo de siempre, señor -contestó éste, colocando una carpeta de cuero sobre la mesa-. Partes de experimentos, resúmenes de análisis, materiales...

Míster Crabb tomó asiento tras la mesa y comenzó a hojear los documentos contenidos en la carpeta. Lo hacía ligeramente, señalando algunos de los datos con un lápiz rojo.

De pronto, prestó una mayor atención a lo que tenía ante la vista. El secretario Wrigh le vio enarcar las cejas con perplejidad y abismarse en la lectura. Luego, le vio cubrirse los ojos con una mano y quedar en actitud de profunda meditación.

-Wrigh -dijo repentinamente-, ¿tiene la bondad de acercarme esa esfera?

Era una pequeña esfera terráquea giratoria colocada sobre un estanque.

-Aquí la tiene, señor -Wrigh la colocó ante míster Crabb.

Con un rápido golpe de índice, éste la hizo girar y luego la detuvo en un punto. Miró cuidadosamente y quedó largo rato pensativo.

Wrigh le observaba atentamente y en silencio. Estaba acostumbrado a tratar a míster Crabb durante los dos años que hacía fue creada la Organización, y sabía perfectamente que algo importante le preocupaba en aquella ocasión.

Míster Crabb buscó precipitadamente entre los papeles y extrajo uno de ellos que estuvo leyendo con interés. El color azulado de la hoja indicó a Wrigh que se trataba del parte de mensajes recibidos por la estación de radio, atendida por personal políglota.

Inesperadamente, míster Crabb lanzó una ahogada exclamación de

asombro, al tiempo que pulsaba en el megáfono conectado a todos los departamentos.

-Departamento de Cartografía. Avisen al profesor Courdin. Solicito su presencia -dijo precipitadamente.

Cortó la comunicación y volvióse a Wrigh, que trataba de ocultar su admiración ante la inusitada actitud de míster Crabb.

-Ocúpese de que el señor Rivas venga a entrevistarse conmigo.

-No está en el edificio, señor. Terminó de madrugada y volverá más tarde, según dijo.

-Llámele a su alojamiento. Es urgente.

Wrigh salió silenciosamente a cumplir lo ordenado. Por el camino pensó que algo realmente extraordinario debía ocurrir para haber así excitado al imperturbable míster Crabb.

CAPÍTULO II

Enigma

El sonido del timbre resonó estridentemente. Carlos Rivas despertó sobresaltado y quedó con los ojos entornados mirando al techo de la habitación. Las cortinas dejaban filtrar la claridad del exterior y ello le indicó que la mañana estaba avanzada.

Calzó las zapatillas, y, colocándose la bata en un santiamén, llegó hasta la habitación contigua en que sonaba la llamada.

Desconectó el auricular e instantáneamente se iluminó la pequeña pantalla que reflejó el sonriente rostro de Wrigh, el secretario de míster Crabb.

-¿Qué hay, Wrigh? -preguntó Rivas con voz soñolienta.

-Perdone que haya interrumpido su sueño. Pero míster Crabb insistió en que le llamara.

-Y, bien ¿qué ocurre?

-Míster Crabb le ruega venga a verle con urgencia.

-¿Urgentemente? De acuerdo; salgo para allá de inmediato.

-Gracias. Así lo comunicaré.

Al colgar Rivas el auricular, sintióse presa de extraña excitación. Aquella imprevista llamada de míster Crabb podía ser el principio del fin de su duro entrenamiento.

Desde el día en que fue seleccionado, hacía ocho meses, para formar parte del personal de la Organización, en el cuadro del personal técnico destinado a tripular naves espaciales de exploración, su vida había transcurrido en un continuo entrenamiento para este fin.

Pese al título de ingeniero aeronaval y a sus posteriores estudios sobre balística interestelar y proyectiles termonucleares, cuyos resultados tuvieron resonancia en el mundo científico, ello no le eximió de las duras y agotadoras pruebas a que eran sometidos los hombres destinados a explorar los espacios interplanetarios.

La fuerte anatomía de Rivas, junto al entusiasmo de sus treinta años, le habían hecho salir airoso de todas ellas y granjearse la confianza de míster Crabb, que mostraba hacia él una notable inclinación por su tesón y valor admirables, unidos a una serenidad escalofriante y rápida iniciativa.

Todo su cansancio de la anterior jornada en la sala de experimentación, quedó borrado cuando ascendió la escalinata del edificio de

la Organización.

El ascensor le dejó en la planta donde se hallaba la Dirección. Con ágiles pasos llegó hasta la puerta que mostraba la dorada placa con el rótulo: «Mr. Crabb. Director.»

A la invitación para entrar, penetró resueltamente.

Halló al alto y huesudo míster Crabb sentado tras la mesa, y, junto a él, inclinado sobre unos papeles, al profesor Courdin, del departamento de Cartografía.

-Adelante, Rivas -le saludó míster Crabb-. ¿Qué tal se encuentra?

-Perfectamente. Me retiré algo tarde y...

-Le he hecho venir para mostrarle algo que juzgo interesante. Y no es sólo mi opinión, sino que el profesor Courdin también está de acuerdo. Tome asiento, y usted también, profesor.

Cuando ambos hombres quedaron sentados frente a él, míster Crabb comenzó a hablar con reposada voz:

-Recordarán que hace unos días recibimos mensajes por radio de que unos cuerpos, posiblemente aerolitos, habían caído en diferentes puntos.

Ante el asentimiento silencioso de sus oyentes, prosiguió:

-Se interesó una más concreta información de la naturaleza de estos objetos, así como de cualquier síntoma de radiactividad que se observara en las zonas donde cayeron -míster Crabb tomóse una ligera pausa antes de continuar-. Hoy puede decirse con toda certeza que se trata de sideritos, y que los lugares exactos de sus caídas fueron los alrededores de Basora, en Irak; la ciudad japonesa de Nagoya, y a orillas del Angara a su paso por Irkutsk, en Siberia.

Hasta ahora, Rivas no encontraba nada extraordinario en el relato de míster Crabb. Este continuó:

-Nada de esto hubiera merecido una especial atención a no ser por un detalle significativo, y otro más aún, llegado posteriormente. Este informe -mostró una hoja de papel- indica que el metal de que están formados estos cuerpos no es níquel ni hierro, como era de esperar, sino un metal desconocido -la última palabra fue recalcada.

-Y ahora -dijo, poniéndose en pie y dirigiéndose a Rivas-, ¿quiere colocar esa proyección cartográfica en la pantalla proyectora?

Rivas se apresuró a extender y fijar la placa de celuloide en la gran

pantalla colocada sobre un testero de la pared.

Míster Crabb presionó el conmutador y el cuadro quedó iluminado con luz verdosa que hizo transparentarse el plano cartográfico con nitidez.

-Por favor, señale los lugares que he indicado -rogó a Rivas-. Me agradaría que usted mismo llegara al punto de deducción a que hemos llegado nosotros.

Los tres hombres se hallaban frente a la pantalla. Rivas comenzó a fijar, en los puntos indicados por míster Crabb, pequeñas banderitas de base adhesiva, que se hallaban en una caja junto a la pantalla.

-Basora..., Nagoya..., Irkutsk... Ya está.

-Perfectamente -aprobó míster Crabb-. ¿No le dicen nada esos tres puntos?

Rivas los examinó con profunda atención. Tras una larga meditación movió la cabeza dubitativamente.

-Nada en absoluto. Sólo veo una proyección Mercator iluminada -respondió, con un gesto de impotencia.

Míster Crabb sonrió imperceptiblemente. Antes de hablar lanzó una chispeante mirada al profesor Courdin que permanecía silencioso.

-Un mensaje, posteriormente recibido, informa que en Río Muni, territorio de la Guinea Continental española, y en Puerto Stanley, en las islas Malvinas, fueron vistos sendos meteoros que posteriormente pudieron ser hallados. Señale estos nuevos puntos.

Así lo hizo Rivas, y quedó en espera de que míster Crabb continuase.

-Examínelo atentamente y dígame si descubre algo especial -dijo éste.

Rivas concentró toda su atención en aquellas banderitas adheridas sobre la proyección iluminada. Nada; no encontraba nada especial en aquello. ¿Qué esperaba míster Crabb que hallara? Además, aquello le resultaba algo teatral y ridículo. Algo parecido al prestidigitador que asombra con un truco para luego explicarlo. Míster Crabb podía hablar claro y dejarse de rodeos, toda vez que... ¡Cielos! ¡Basora, Puerto Stanley, Nagoya!

Acercóse Rivas de un salto a la mesa y cogió una larga regla graduada. La aplicó a la proyección y comprobó los puntos. ¡Sí! ¡Eso era! Aquellos puntos coincidían en recta por uno y otro hemisferio.

-¡El desarrollo de un círculo máximo! -casi gritó, volviéndose hacia los otros.

Halló dos rostros que sonreían con tranquilidad.

-Exactamente -confirmó míster Crabb-. Salvo ligeras variaciones, fácilmente comprensibles al romper esos cuerpos la atmósfera superior, la unión de esos puntos muestra el desarrollo de un círculo que rodea a la Tierra. Sin contar los que hayan podido caer en el mar.

-Es la proyección plana de una curva loxodrómica -corroboró el profesor Courdin.

A una indicación de míster Crabb, volvieron todos a sentarse.

-Ha llegado usted a la misma conclusión que nosotros -dijo éste dirigiéndose a Rivas-. Ahora cabe suponer que estos sideritos sean trozos desprendidos de una masa de gran tamaño que haya circunvalado a la Tierra. O bien...

-Que hayan sido arrojados adrede -finalizó el profesor.

Rivas miraba ora a uno, ora a otro, sin salir de su asombro. Efectivamente, las líneas marcadas al unir los puntos en que habían caído aquellos cuerpos, daba qué pensar; pero no tanto como para hacer aquellas fantásticas suposiciones.

-¿Quieren decir -indagó- que suponen hayan sido arrojados...? -y dejó sin terminar la pregunta, tan ridícula le pareció.

-Todos sabemos - habló míster Crabb, mirándole fijamente- que al chocar con las capas superiores de nuestra atmósfera, cualquier cuerpo sería destrozado en fragmentos, los cuales sí llegarían, y llegan, a la Tierra, pero nunca con esa precisión matemática que indica el gráfico. Existe, además, una curiosa relación entre las diferentes horas en que cayeron. El cuerpo del cual se desprendieron dio la vuelta a la Tierra en pocos minutos. Considero que existe un amplio campo para investigar este fenómeno. Se ha solicitado el envío de los sideritos recogidos, que espero comiencen a llegar a partir de mañana.

En aquel momento llegó Wrigh precipitadamente. Traía en la mano el azulado papel de un informe de la sección de radio.

-Es urgente, señor -dijo, entregándolo a míster Crabb.

Este leyó el informe rápidamente. Su rostro mostró una ligera palidez al terminar.

-Señores -habló con voz extrañamente solemne-; la respuesta a nuestros mensajes pidiendo datos de si existían manifestaciones de

radiactividad en las zonas donde cayeron los sideritos, es ésta: No existe ningún síntoma. Pero...

Al llegar a este punto, míster Crabb carraspeó nerviosamente antes de continuar:

-Un comerciante iraquí llamado Chergui-ben-Suleim, de Basora; un negro bantú, de la Guinea; el ingeniero japonés Kiro Nayosi, de Nagoya, y el factor Igor Rasov, del ferrocarril Transiberiano y que reside en Irkutsk, han sufrido una súbita e inexplicable ceguera. Y estos hombres, según se ha podido averiguar, fueron los primeros que vieron a los sideritos pocos instantes después que cayeron en la Tierra.

Un denso silencio siguió a las palabras de míster Crabb. Y mientras mirábanse, unos a otros sin pronunciar palabra, Rivas sintió un escalofrío indescriptible recorrerle la medula espinal.

CAPÍTULO III

El equipo K.R.C.

Al atardecer del día siguiente, hallábase Carlos Rivas en el bar instalado cerca de la pista de despegue. Junto a él, el menudo Carrigan intentaba dejar una moneda en equilibrio sobre el borde de un vaso.

Formando parte del grupo y observando divertido los inútiles esfuerzos de su compañero, el corpulento Kutsner mostraba la fuerte hilera de sus dientes en una infantil sonrisa.

Aquellos tres hombres formaban el equipo designado por míster Crabb para tripular la primera nave espacial de pequeño tamaño que sería lanzada desde la plataforma B, la más alejada de la Tierra. Equipo K.R.C., según las iniciales de los apellidos de sus componentes.

Los tres habían sido concienzudamente preparados para pilotarla, aunque cada uno de ellos tenía encomendada una misión distinta.

Carlos Rivas sería el comandante y piloto de la nave, puesto éste para el que míster Crabb le consideraba insustituible por sus conocimientos, iniciativa y rapidez de reflejos, sobradamente demostrados en las múltiples pruebas a que fue sometido.

En cuanto al norteamericano Vic Carrigan, nadie hubiera podido imaginar, viendo a aquel joven de lacio pelo dorado y mirada irónica, que había sido seleccionado de entre miles de hombres por ser el único capaz de determinar en unos segundos la intensidad de un campo magnético y señalar aproximadamente la distancia de su centro. Fue solicitado a su país por la Organización, a la vista de sus magníficos trabajos publicados sobre combustibles para naves siderales. Para incorporarse a la Organización hubo de abandonar la cátedra de Física nuclear que desempeñaba, pero él, en realidad, no lo sintió demasiado. La misión fijada a Carrigan había sido la de magnetometrista y control de carburante en la nave.

Digno elemento de este triángulo era el alemán Hans Kutsner. Preciso, matemático, de una lógica aplastante, sus conocimientos sobre radiaciones y su maravilloso conocimiento de contadores Geiger, hicieron fijar en él la atención para encomendarle el puesto de radiometrista. Tal vez un poquitín tardo en reaccionar, en comparación con sus compañeros, pero, cuando se decidía, sus acciones y opiniones tenían la exactitud y contundencia de un proyectil dirigido.

Aquel día habían sido citados a hora muy temprana por míster Crabb, con quien habían permanecido todo el día, salvo las horas de las comidas, recibiendo instrucciones del grupo de profesores reunidos en el despacho del director.

La reunión había sido interrumpida por la llegada del avión que transportaba dos de los sideritos, los cuales fueron trasladados al pabellón de análisis.

Inmediatamente, el grupo de científicos trasladóse allí con su director al frente, y los tres jóvenes viéronse libres de aquel agobiante alud de indicaciones y recomendaciones.

Y, ahora, tranquilamente sentados en el salón del bar, aguardaban la llamada de míster Crabb, una vez terminase de organizar la investigación de aquellos cuerpos caídos del espacio.

-Creo que le han dado demasiada importancia -opinó Carrigan, haciendo salir la moneda en el aire de un golpe con el pulgar-. Cientos de esos aerolitos han caído con anterioridad sin mostrar nada nuevo.

-Ahora existen extrañas coincidencias -afirmó Rivas-. Aparte de la dirección seguida por los impactos y la relación de las horas, han quedado ciegos los primeros hombres que vieron esos cuerpos en tierra.

-Puede que sean sólo coincidencias. ¡Vaya! No creerán los «sabios» que han sido arrojados adrede, ¿eh? -aventuró irónicamente Carrigan. Siempre denominaba así al grupo de científicos del departamento de Investigaciones.

-¿Quién sabe? Pero temo que haya algo de eso -admitió Rivas.

-¡Fantástico! -exclamó Carrigan-. Y todo ello ocurre precisamente en vísperas de que salgamos de excursión por el espacio. ¿Qué opinas, Kutsner?

El aludido salió de su pensativo silencio. Parpadeó rápidamente, y dijo:

-Pensaba qué acción pueden ejercer esos cuerpos en el ojo humano para cegarlo.

-¿También tú? -Carrigan simuló un cómico gesto de asombro-. ¡Extraordinario! ¿Has oído, Rivas? Hans Kutsner, el escéptico inconmovible, también cree...

-No creo; pienso -le rectificó el aludido, con aplomo.

-De todas formas, pareces interesado con esos pedruscos.

-Buscaba tan sólo una respuesta lógica a la ceguera de esos hombres.

No parece ser efecto radiactivo; más bien pudiera ser que la púrpura retiniana hubiera sido...

Fue interrumpido por la potente voz que brotó del megáfono:

-«Se solicita la presencia del equipo K.R.C. en la sección de Análisis. Equipo K.R.C.»

Los tres hombres miráronse unos segundos y levantáronse simultáneamente.

-Vamos, amigos -dijo Carrigan-. «Papá» nos espera.

Y, juntos, se encaminaron al pabellón de la planta baja en que se hallaba la sección a la que fueron llamados.

* * *

La amplia sala de Análisis presentaba una desusada animación. Grupos de científicos charlaban en grupos, animadamente, mientras otros rodeaban con aire curioso los sideritos recién llegados, que se hallaban sobre una mesa de sólida base y chapada de zinc. Los cofres de plomo en que fueron transportados, como precaución por si emitían radiactividad, aparecían en un ángulo de la estancia.

En el momento de entrar el equipo K. R. C., míster Crabb daba las últimas instrucciones al grupo de analistas que habrían de intentar descubrir la naturaleza de aquellos objetos.

-El peso de cada uno de ellos es de unas doscientas libras. Está demostrado que no contienen ferroníquel. Precisamos conocer los componentes del metal poroso que los recubre. Sométanlos primeramente a bajas temperaturas y anoten cuidadosamente los grados de contracción. A partir del momento en que fueron recogidos, y a medida que fueron enfriándose, su volumen sufrió una gran disminución. Es necesario conocer sus reacciones a diferentes temperaturas. Ocúpese de ello, profesor Teimberg.

El aludido asintió con un leve movimiento de cabeza. Los restantes científicos fueron retirándose, comentando vivamente sus impresiones, y, entonces, míster Crabb descubrió a los tres hombres que permanecían algo separados, esperando sus órdenes.

-¡Ah! -exclamó al verlos-. Acérquense, por favor. Examinen estos cuerpos. Son dos de los cinco que cayeron. Los restantes esperamos lleguen pronto.

Los tres hombres acercáronse a la mesa y observaron con atención.

Tratábase de dos trozos, del tamaño aproximado a un obús de gran calibre, formados aparentemente de un metal rugoso y desigual, con gran cantidad de cristalizaciones y materias carbonizadas en algunas partes. No presentaban otra particularidad que la esponjosidad de su parte exterior.

Mister Crabb concedióles unos minutos para el examen, tras lo cual les dirigió la palabra:

-Como saben, cinco de estos objetos cayeron con una extraña relación de horas en diferentes puntos del Globo. Según informes, cuatro hombres que los vieron inmediatamente después de sus caídas, han sufrido ceguera total horas después. Los partes médicos que han llegado al par de los sideritos, coinciden en afirmar que la rodopsina contenida en las células receptoras de la luz en la retina de los ojos, ha sido totalmente destruida. Es, pues, evidente, que estos cuerpos emitieron a su llegada unas radiaciones capaces de actuar destructoramente sobre la púrpura retiniana.

Carrigan y Rivas lanzaron una rápida mirada hacia su compañero Kutsner, que escuchaba con toda atención las explicaciones de míster Crabb. Algo referente a esto le habían oído iniciar cuando fueron llamados.

-Quiero insistirles sobre este punto -prosiguió míster Crabb- para que por ningún concepto se despojen durante el vuelo interestelar de los anteojos espectroscópicos de que irán provistos. Células especiales, que actúan de forma parecida a los conos y bastoncillos de la retina, controlan la recepción de la luz. Si percibieran alguna radiación desconocida capaz de dañar el pigmento púrpura, harían funcionar automáticamente la plancha impenetrable a las radiaciones de cualquier índole. Mañana saldrán hacia la plataforma B donde se encuentra dispuesta la nave. Esperarán allí a que se les den instrucciones. El comandante O'Neilly les aguarda.

¡Al fin! Los tres componentes del equipo no dijeron palabra, pero sus corazones latieron violentamente. ¡Aquel era el momento tan deseado! El duro entrenamiento finalizó, y míster Crabb, sin teatralidad, sencilla y llameante, les comunicaba que el gran vuelo proyectado estaba a punto de ser iniciado.

Fue Rivas quien rompió el silencio, para decir:

-Entonces, ¿mañana partimos para la plataforma? ¿A qué hora, señor?

-Estén dispuestos para emprender el vuelo a las ocho de la mañana. Han sido preparados, son inteligentes y esperamos mucho de esta exploración

inicial. Les veré antes de partir.

Estrechó la mano a los tres compañeros, y éstos iban a marcharse, cuando quedaron detenidos al oír la voz que resonó por el megáfono:

-«Central de Radio desea comunicar con míster Crabb. Urgente.»

Acercóse éste rápidamente al ondáfono. Abrió la conexión con la Central de Radio y habló:

-Richard Crabb en la sala de Análisis. Conecte.

-«Comandante plataforma B desea comunicar con usted urgentemente, señor. Por onda bloqueada.»

-Espero.

-«¿Ahí mismo, señor?»

-Sí. Sala de Análisis.

El grupo formado por los tres amigos había quedado inmovilizado sin saber porqué. Algo inexplicable les retenía allí; algo parecido a la presencia de un acontecimiento extraordinario.

Los analistas que continuaban en la sala estaban abstraídos en su trabajo y no parecían prestar atención a lo que ocurría a sus espaldas.

La conocida voz del comandante O'Neilly, de la plataforma B, sonó clara y enérgica:

-«Habla comandante plataforma B. Un objeto inidentificado giró vertiginosamente alrededor de la plataforma, arrojando gran cantidad de pequeños objetos inofensivos, algunos de los cuales han sido recogidos. No hicimos fuego contra él por no parecer animarle intenciones hostiles. Él radar no acusó su presencia. Paso a la escucha.»

-Habla director Crabb -dijo éste-. Remita urgentemente esos objetos. Adopte medidas defensivas para caso necesario. Téngame al corriente. Cuide con toda atención no sufra daño la nave interplanetaria. Equipo K.R.C. dispuesto a salir mañana. Comunicaremos hora llegada. Corto y paso a la escucha.

-«Comprendido, señor -replicó la voz de O'Neilly-. Remito inmediatamente por cohete dirigido los objetos recogidos. Corto.»

Un ligero zumbido y la comunicación quedó cortada.

Míster Crabb volvióse vivamente hacia el trío que continuaba detenido junto a la puerta.

-Esperen -solicitó-. Ya han oído al comandante O'Neilly. Están

sucediendo cosas extrañas últimamente. Opino que deben continuar en el edificio hasta nueva orden.

-Así lo haremos, señor -afirmó Rivas.

-Una noche no supone nada -opinó Kutsner.

-Aunque sea la última que pasemos en la Tierra -finalizó Carrigan con una sonrisa, guiñando un ojo picarescamente.

-Gracias, señores -dijo míster Crabb-. Pueden descansar mientras tanto.

Pero aquel descanso apenas mereció llamarse tal. No habían transcurrido tres horas desde que se arrellanaron cómodamente en los amplios butacones del salón de reposo, cuando fueron llamados nuevamente, esta vez al despacho de míster Crabb.

Los recibió el propio míster Crabb, quien, con gesto preocupado, les invitó a que tomasen asiento. También se hallaba presente el profesor Yeniev, del gabinete de Técnica Termonuclear.

Míster Crabb inició la conversación:

-El asunto parece complicarse -dijo-. Hace aproximadamente quince minutos llegó el cohete de la plataforma B. Los objetos arrojados por el artefacto inidentificado están siendo examinados escrupulosamente por los distintos gabinetes. Son en total catorce, más éste, que hace el de quince.

Al decir lo cual, mostró entre el pulgar y el índice un objeto de aspecto plúmbeo, no mayor que una nuez.

Kutsner levantóse rápidamente para examinarlo, y los otros le imitaron.

-Tenga -míster Crabb lo entregó a Kutsner-. Es del mismo metal desconocido de que están formados los sideritos, lo que parece indicar una misma procedencia.

-Sin embargo... -murmuró entre dientes Kutsner.

-¿Qué dice?-se interesó míster Crabb.

Kutsner no respondió de momento. Sopesó cuidadosamente el objeto con una y otra mano, lo agitó vivamente junto a una de sus orejas, y, por fin, dejándolo sobre la mesa, habló reposadamente:

-Es mi modesta opinión que, o ese objeto es de un metal ligero en grado superlativo, o su interior no es macizo -quedó unos segundos pensativo, y aventuró-: en cuyo caso, sometiéndolo a una alta temperatura sería posible

comprobar el segundo extremo.

Míster Crabb le miró fijamente. Era evidente que aquello, con ser tan fácil, no se les había ocurrido. Frecuentemente ocurre, en hombres de profundos conocimientos, que, buscando soluciones en el campo más difícil pasan por alto lo elemental, que tal vez diera la solución fácil y sin complicaciones.

Carrigan miró rápidamente a Rivas, y éste comprendió que el menudo rubio se felicitaba porque su compañero Kutsner pudiese dar una lección a los «sabios».

-Vamos a intentarlo. Es una buena idea -dijo míster Crabb, levantándose.

El nuevo lugar a que se trasladaron no presentaba el pulcro aspecto de los otros pabellones. Allí se llevaban a efecto las pruebas y aleaciones de metales, que los técnicos en esta rama preparaban para la obtención de elementos utilizables en los vuelos siderales.

Hornos, crisoles, estufas... La mayoría de ellos en funcionamiento e inundando el lugar con un calor insoportable, pese a los aspiradores regeneradores de atmósfera.

Digno Vulcano de aquella fragua infernal, el bigotudo sueco Nicolsom acercóse diligentemente al grupo recién llegado.

-¿Cómo se atreven a llegar al infierno? -preguntó humorísticamente, estirando el bigote en una sonrisa mefistofèlica, a la que prestaba mayor autenticidad el fantasmagórico resplandor de las llamas.

-Escuche, Nicolsom -dijóle mister Crabb-; coloque este objeto en una estufa y comience a darle calor.

Nicolsom cogió la bolita sin darle importancia. Estaba acostumbrado a recibir cientos de peticiones parecidas.

-No ponga tope. Ya le avisaré.

Sin más comentario, Nicolsom abrió una pequeña estufa automática empotrada en la pared, en la que aparecía un pirómetro acoplado, para poder medir la temperatura interior. Cerró la puerta, que mostraba una parte transparente que permitía ver el pequeño cuerpo depositado en la red metálica, y quedó a la espera de lo que mister Crabb decidiera.

-Gracias, Nicolsom -dijo éste-. Puede continuar su tarea. Le llamaré si es necesario.

Los cinco hombres quedaron junto a la estufa. El profesor Yeniev no parecía mostrar gran interés, tal vez convencido de que aquella prueba no daría a conocer nada interesante.

Todas las miradas estaban fijas en el pequeño objeto, que iba adquiriendo un mayor brillo a medida que ascendía la temperatura.

-¡Está dilatándose prodigiosamente! -exclamó el impulsivo Carrigan, sin poder frenar su entusiasmo.

Efectivamente, la forma ovoidal llegó a tomar el volumen de un huevo de avestruz. Y su aspecto era el de un metal reluciente como plata bruñida.

Míster Crabb comprobó los grados de temperatura.

-¡Sesenta! -murmuró.

A partir de aquel momento dejó de notarse dilatación alguna, pese a llegar a los 200°.

Entonces, míster Crabb giró el resorte que detenía al generador de calor, y dejó penetrar en la estufa el chorro de aire refrigerado.

Inmediatamente, el objeto fue reduciendo su tamaño hasta quedar en su primitiva forma. Aún siguió enfriándose el interior hasta llegar a una temperatura de 20° bajo cero, pudiéndosele notar sólo una pequeña contracción.

Con un nuevo giro del resorte, míster Crabb volvió el interior de la estufa a la temperatura ambiente.

-Y bien, ¿cuál es su opinión, profesor Yeniev? -preguntó.

-Hasta ahora sólo ha podido comprobarse la gran dilatación del metal desde nuestra temperatura a la de sesenta grados -opinó el aludido, sin ninguna animación.

De forma evidente, no mostraba entusiasmo alguno por aquellas pruebas que sus conocimientos consideraban poco científicas.

-De acuerdo -concedió míster Crabb-. Es conveniente que este objeto quede a cargo de Nicolsom, el cual nos facilitará un cuadro exacto de dilatación y contracción en una escala de temperaturas.

-Si lo permite, señor Crabb -solicitó Kutsner, saliendo de su actitud ensimismada-, quisiera exponerle una idea que se me ha ocurrido.

-Dígala. Sus ideas son interesantes.

Kutsner coordinó sus pensamientos antes de comenzar.

-Imaginemos por un momento -dijo, hablando con su calma habitual- que estamos examinando ese cuerpo bajo un punto unilateral. Es decir, que todas las comprobaciones las hacemos tomando como punto de referencia los valores referentes a nuestro planeta, y las deducciones siguen el mismo camino. Pero, ¿por qué no situamos desde otro ángulo distinto?

Quedó silencioso unos segundos como esperando alguna objeción. No descubrió ningún gesto en los rostros de sus atentos oyentes.

-Me explicaré mejor -continuó-. Tratamos con un metal desconocido y de procedencia también desconocida. Admitimos como cosa indiscutible que su tamaño actual es el real. Sin embargo, sometido a distintas temperaturas sólo adquiere un tamaño tipo, llamémoslo así, a partir del cual acusa variaciones, al llegar a los sesenta grados. ¿No parece ello indicar que esa temperatura sea el equilibrio térmico del lugar de que proceda? Con lo cual, al hallarse en la Tierra, estaría fuertemente contraído. Permítame que suponga que, sometiéndolo a una temperatura estable de sesenta grados sobre una mesa de experimentación, podríase manipular en él en su aspecto natural y no en el que ahora presenta.

Siguió a sus palabras un intenso silencio, sólo turbado por los ligeros golpes metálicos de los hombres que trabajaban en la estancia.

Rivas miró de soslayo al profesor Yeniev y vio que el imperturbable rostro de aquel hombre no dejaba traslucir sus pensamientos. Empero, las aletas de la nariz movíanse agitadamente, dando pruebas de su excitación interior. Y Rivas tuvo la seguridad de que Kutsner, como siempre, parecía haber dado en el blanco oculto.

-Puede que no resulte nada positivo -comentó al fin míster Crabb, y todos fijaron la vista en él-. Es una teoría muy discutible. Pero la pondremos en práctica inmediatamente.

CAPÍTULO IV

Ataque inesperado

El pequeño gabinete en que iba a realizarse la prueba, tenía instalados todos los elementos necesarios para tal fin.

Una pequeña mesa colocada en el centro y chapada de zinc, fue el lugar elegido para el experimento.

Los mecheros Bunsen, colocados en círculo, lanzaban lenguas de fuego sobre el exterior del descubierto recipiente de amianto en cuyo fondo descansaba el cuerpo motivo de la experiencia.

Los cinco hombres que rodeaban la mesa, habíanse provisto de guantes y batas protectoras de radiaciones, así como de cascos con lentes espectroscopios que les defenderían de cualquier onda radiactiva.

El profesor Yeniev sostenía, enfocando al objeto, un pequeño instrumento de gran sensibilidad, medidor de los grados de temperatura. Algunas pinzas y largos punzones de tungsteno aparecían alineados en la mesa para manejar el objeto metálico.

Cuando el profesor Yeniev comprobó que éste se hallaba a la temperatura requerida, dejó a un lado el instrumento que sostenía y requirió una de las pinzas.

Todos acercáronse curiosamente para observar lo que hacía.

El objeto brillaba con intensidad bajo el fuerte foco, despidiendo destellos plateados. Fijándose atentamente, podía descubrirse una imperceptible línea que lo rodeaba.

Yeniev la había visto, y, con sumo cuidado, ayudándose de la pinza y de un punzón, hizo presión sobre aquella línea.

Los asistentes adoptaron una tensa actitud, presintiendo íntimamente algún imprevisto acontecimiento.

Inesperadamente y sin esfuerzo aparente, el cuerpo ovoidal abrióse en dos mitades, apareciendo en el hueco interior una pequeña bobina de dorados reflejos.

Fue una exclamación simultánea la que brotó del grupo, al ver el asombroso resultado que dio la puesta en práctica de la idea de Kutsner.

Mister Crabb alargó su temblorosa mano enguantada y aprisionó la bobina entre sus dedos.

Breves segundos pudieron contemplar la estrecha y finísima cinta que

se desenrolló, para, a continuación, retorcerse mientras iba tornándose negra, para pulverizarse y quedar destruida, convertida en pavesas.

Ocurrió todo con tal rapidez, que sólo Rivas reaccionó fulminantemente, arrancando la bobina de manos de mister Crabb, arrojándola al recipiente de amianto. Pero su acción fue tardía; en el interior del receptáculo sólo quedó el cilindro metálico en que estuvo enrollada la cinta desaparecida totalmente.

-¡Asombroso! -pudo balbucear míster Crabb, con aire pasmado.

También daba muestras de estar impresionado el profesor Yeniev. En cuanto a Rivas y Carrigan, no se necesitaba ser un lince para ver la alegría que les inundaba. Volviéronse hacia su amigo Kutsner y le tendieron las manos simultáneamente.

-¡Acertaste, Kutsner! -felicitóle Rivas.

-¡Buen disparo, chico! -le dijo Carrigan, golpeándole la robusta espalda.

No pareció Kutsner demasiado engreído por el éxito de su idea. Lanzó un apagado ¡hum! de satisfacción, y habló dirigiéndose a todos:

-Ahora no parecerá tan descabellada mi primera teoría, que antes omití por parecerme demasiado fantástica.

-¡Hable, Kutsner! ¿Qué teoría es ésa? -preguntó vehementemente míster Crabb.

Las teorías de Kutsner parecían haber ganado un elevado porcentaje en el aprecio del director de la Organización. Rivas y Carrigan sentíanse directamente favorecidos por el triunfo de su amigo. ¡Hurra, equipo K.R.C.!

-¿Qué teoría es ésa? -repitió míster Crabb

-Que tanto los sideritos como posteriormente esas cápsulas -Kutsner señaló hacia el recipiente de amianto- no son otra cosa... -y se detuvo, recreándose en la frase que iba a decir.

-¿Qué? -apremió vivamente míster Crabb.

-¡Acaba, hombre de hielo! -le dijo Rivas.

-Pues bien; no son otra que mensajes de otro planeta -finalizó Kutsner con voz solemne.

-¡Rica imaginación! -comentó el profesor Yeniev irónicamente-. ¿Y qué le hace pensar tal cosa?

Kutsner, sin inmutarse, replicó:

-La extraña trayectoria y la relación de horas de los sideritos, en primer lugar. Y, en segundo, el objeto que giró alrededor de la plataforma B y arrojó esos cuerpos. Reuniendo esos detalles...

-Y agregándoles un mucho de fantasía -le interrumpió el profesor.

Rivas no pudo contener su ardoroso temperamento. No era su fuerte la discusión, porque perdía los estribos con facilidad. Pero la ironía punzante de Yeniev no podía quedar sin réplica. Aquella ironía no podía ser otra cosa que el fruto del despecho por los aciertos de su compañero.

-Fantasía o no -intervino no muy amablemente, mirando a Yeniev-, está demostrado que el objeto ése es de un metal desconocido; que está hueco, y que en su interior contenía una bobina. Eso ha sido construido por seres inteligentes. Según Kutsner, pueden tratarse de mensajes de otro planeta. Y yo agrego que ese planeta ha de tener una temperatura media, normal de sesenta grados. ¿Qué puede oponer a eso?

-Nada -replicó Yeniev, sonriendo con sarcasmo-. Ante tal abundancia de matemáticos razonamientos... -la sonrisa se acentuó-. Ahora sólo falta hallar a esos seres que envían mensajes y localizar al planeta de los sesenta grados. Nada más que eso.

-No es difícil -dijo Carrigan-. ¿No es ésa la temperatura que se calcula a Venus?- y guiñó un ojo solapadamente a Rivas.

-Por favor, señores -intervino míster Crabb-. No es momento de discutir, sino de actuar. Ordenaré que me sean enviadas todas las cápsulas que se hallan en los diferentes gabinetes. Y ahora -agregó, sonriendo cordialmente-, ¿quieren aceptar una taza de café muy cargado en mi despacho? Charlaremos de todo esto.

* * *

Terminada de saborear la taza de café, llegó Wrigh, quien hizo entrega a míster Crabb de un parte recién recibido.

-Han sido hallados los restantes sideritos que cayeron -informó míster Crabb una vez lo hubo leído-. Profesor Yeniev, le encarezco las mayores precauciones al examinar estos cuerpos. No hay que olvidar la ceguera sufrida por los primeros en verlos.

-A propósito, profesor Yeniev ¿cuál es su opinión respecto a la acción que hayan podido ejercer los sideritos en esa ceguera? -indagó Carrigan, no sin intención.

El interpelado lo miró fijamente antes de responder. Después, explicó:

-Hasta ahora no pueden determinarse las causas con exactitud. Si se refiere a mi opinión particular, eso es cosa que entra en el terreno de las conjeturas.

El profesor polaco era extraordinariamente cauto cuando hablaba. Carrigan le sonsacó:

-Aun conjeturando, nos agradaría escuchar su opinión -dijo.

-No es nada original -anunció Yeniev, encendiendo un cigarrillo y exhalando el humo lentamente-. Míster Crabb ya está informado sobre ello. Como es sabido, el intenso calor actúa sobre las moléculas de los cuerpos, venciendo la llamada cohesión molecular. Entonces las moléculas, liberadas de esa atracción, aumentan la amplitud de sus vibraciones y se mueven velozmente y con movimientos rectilíneos.

-Ya pudieron observarlo en las prácticas de bombardeo electrónico -confirmó míster Crabb.

-Estos movimientos producen choques entre ellas -continuó Yeniev, como quien desarrolla una lección para párvulos-. Y ahora entramos en el campo de la hipótesis. El intenso calor de la fricción con nuestra atmósfera, pudo liberar moléculas sueltas o grupos de ellas, que, ejerciendo la acción de elementos polivalentes, absorbieron algún producto de los ojos de quienes fueron cegados. La destrucción de la rodopsina, según los informes médicos, lo confirma.

-Actualmente -agregó míster Crabb-, los hombres afectados están siendo sometidos a examen para tratar de localizar los productos destruidos en los ojos.

-Resultará laborioso -afirmó Kutsner, saliendo de su mutismo-. Sabido es que la rodopsina es transformada en retineno por la acción de la luz, y que este último da distintos productos que, con el concurso de la vitamina A, hace que la rodopsina se resintetice.

-Exactamente -aprobó Yeniev-. Las pruebas que se siguen actualmente van encaminadas a saber si las moléculas liberadas absorben vitamina A en proporción considerable, en cuyo caso...

-Podríamos hallamos enfrentados con un grave peligro -resumió míster Crabb.

-Pero si los sideritos no están sometidos a una alta temperatura...-

murmuró Rivas.

-Lo que ha producido la ceguera no es más que una de sus manifestaciones. No sabemos... Los sideritos serán guardados en cofres de plomo con cierre hermético, y forrados interiormente de cobre, para evitar desconocidas radiaciones, y los experimentos se realizarán en las cámaras blindadas para pruebas nucleares. En cuanto a los objetos llegados de la plataforma B...

-Constituyen otro enigma sin descifrar -terminó Yeniev.

-Me temo, señores -dijo míster Crabb, cambiando de tema-, que no sea éste el momento más oportuno para iniciar el vuelo proyectado...

Fue interrumpido por el vibrador del televisor. Míster Crabb estableció la comunicación, y en la pequeña pantalla apareció el rostro de un operador de radio.

-«Onda bloqueada de la plataforma A, señor» -anunció la voz.

-Conecte.

-«Plataforma A informa. Evacuados comandante y cinco hombres. Sufren total ceguera producida por radiaciones disparadas por un aparato sin identificar. Proyectiles magnéticos y dirigidos no causáronle efecto. Escuadrilla de reserva salió en su persecución. Esperamos órdenes.»

La emoción producida por la noticia, hizo ponerse en pie violentamente a míster Crabb. Casi gritó por el emisor:

-¡Crabb al habla! Que se haga cargo del mando el profesor Turdini. Ténganme al corriente de lo que ocurra. Solicito apoyo del mando militar.

Rivas evocó la venerable figura del sabio italiano a quien nombró míster Crabb. Un hombre mundialmente conocido por sus conocimientos sobre planetoides, pero no por sus dotes de estratega.

Manipulando febrilmente en el pequeño cuadro distribuidor, míster Crabb puso nuevamente la comunicación con la sala de radio.

-Mantenga la onda bloqueada con la plataforma A -ordenó-. Estén atentos.

-«Plataforma C comunica, señor» -habló el operador.

-Póngala.

Los presentes hallábanse intensamente interesados ante el desarrollo de los acontecimientos. Habíanse levantado insensiblemente y rodeaban la mesa con rostros ansiosos.

-«Habla comandante Powell. Plataforma C. Estamos siendo atacados por un veloz objeto imposible de localizar con proyectiles. Lanza ráfagas doradas intermitentes que no causan daño. Escuadrilla despega en estos momentos. Espero órdenes.»

La tensión subió de punto entre los hombres que se hallaban en la habitación. Rivas maldecía interiormente su forzada inactividad, mientras Carrigan abría y cerraba los puños nerviosamente. Tan sólo Kutsner y Yeniev parecían más dueños de sí mismos. El mismo Wrigh temblaba nerviosamente.

-¡Atienda, Powell! -bramó míster Crabb, descompuestamente-. ¡No miren esas ráfagas! ¡Equípense con los espectroscópicos! ¡Todos! ¡Absolutamente todos! ¡Hágalo, Powell! ¡Pueden quedar ciegos! ¡Responda!

Tras unos segundos angustiosos, resonó la voz de Powell.

-«Entendido, señor. He dado la orden. El aparato enemigo inicia la retirada perseguido por la escuadrilla. Comunicaré resultado.»

Poseído de gran excitación nerviosa, míster Crabb dio a Wrigh precisas órdenes para que solicitara apoyo aéreo de la autoridad militar. Pronto la orden sería conocida en el Mundo entero y una numerosa escuadra aérea de proyectiles pilotados se concentraría en las órbitas de las plataformas-satélites.

Rivas consultó su reloj. Eran las cinco de la madrugada. La noche habíase pasado en un soplo.

-Retírense, señores -recomendó míster Crabb-. Permanezcan en sus puestos, alerta a cualquier aviso. He de organizar todo esto.

Cuando salieron al pasillo, el profesor Yeniev dirigióse a Kutsner.

-Voy a experimentar tomando su idea como base -le dijo, sonriéndole amistosamente-. Cada vez se me arraiga más la idea de que nos ha evitado meses de experiencias. La bobina encerrada en el interior de la cápsula puede ser la explicación del enigma. Buenas noches, señores.

-Buenas... Ya es de día-rectificó, riendo, Kutsner.

Rivas y Carrigan quedaron contemplando, con asombro, como se alejaba la figura del profesor Yeniev.

-Parece convencido-murmuró Rivas.

-¿Convencido? Aplastado por la lógica de este grandullón-replicó Carrigan alegremente.

CAPÍTULO V

Fuga en el espacio

Los numerosos gabinetes de la Organización trabajaban activamente en la determinación de los misteriosos objetos e incluso de los propios sideritos. Estos últimos, sometidos a altísimas temperaturas, aumentaban de tamaño, mostrando una superficie sumamente porosa. Pero nada más pudo conseguirse. En cuanto a la materia aparentemente enrollada en las bobinas, era destruida totalmente al contacto con la atmósfera.

Siguieron días de angustiosa inquietud, que fue cediendo paso a una calma esperanzadora. Las plataformas no fueron atacadas nuevamente y todo parecía iba a volver a su cauce normal.

Pero aquella corta tranquilidad fue rota brutalmente. De nuevo comenzaron a caer sideritos esta vez en número creciente, en distintos puntos de la Tierra.

Y las emisoras de radio de todos los países, los periódicos y todos los demás medios de información, difundieron aterradoras noticias.

Un elemento químico desconocido, irradiado de los lugares en que caían los cuerpos espaciales, actuaba destructoramente en los organismos. Liberadas sus moléculas por alguna acción desconocida, realizaban en cadena la desintegración, por absorción, de algunos de los componentes del alcohol alifático no saturado, conocido comúnmente por vitamina A.

Los seres humanos eran los más directamente atacados. Las informaciones daban noticias de extensas zonas afectadas en Asia, en las que se multiplicaban espantosamente los casos de hemeralopía o ceguera nocturna. Otros informes anunciaban las numerosas personas que padecían sequedad en la piel y mucosas, en distintos lugares de América y África. Las enfermedades infecciosas hacían estragos en estos organismos de resistencia disminuida. Desde Europa recibiéronse noticias de la peligrosa frecuencia con que se daban fulminantes casos de metaplasia de los epitelios.

La Humanidad, horrorizada, asistía indefensa a la lenta destrucción que le amenazaba. Todas las mentes esperaban; esperaban no sabían qué de los científicos, y, sobre todo, de aquella «Ciudad de los Sabios», como era conocida la Organización.

La especie humana, inerme ante el ataque inesperado, confiaba en Dios y en la Ciencia, únicos capaces de evitar su destrucción.

*   *   *

Todos los hombres preparados para los vuelos interestelares habían sido concentrados en un pabellón especial, en espera de tomar decisivas resoluciones.

El mando militar había intervenido, y escuadras aéreas de todos los países patrullaban por las capas superiores de la atmósfera terrestre en una estéril vigilancia.

Otras naves espaciales, convenientemente equipadas, tenían sus bases en las distintas plataformas, atentas a cualquier incidencia.

Las primeras patrullas que salieron en persecución de los misteriosos artefactos que dispararon sobre las plataformas, no habían regresado y se daban como perdidos.

Una gran inquietud unida a sorda rabia, inundaba a los hombres que pilotaban las naves aéreas. Eran hombres curtidos que no temían el encuentro con un enemigo, pero no con un enemigo invulnerable como parecía ser aquel.

Comentando estos detalles, hallábanse Rivas, Carrigan y Kutsner formando un grupo apartado en el gran salón destinado a biblioteca. Otros grupos hacían lo propio, hablando animadamente. Nadie leía. Más que biblioteca, aquel departamento parecía una asamblea dividida tomando decisiones.

-Esta inactividad me destroza los nervios -estalló Rivas.

-Ahora el ataque ha sido a un punto vulnerable; pronto seguirán otros, dirigidos quién sabe a qué -habló Carrigan, con pesimismo.

-No quisiera enjuiciar. Pero ¿qué opináis de esta pasividad? ¿Es que los «sabios» esperan que sus investigaciones, lógicamente lentas, salvarán a la Humanidad amenazada? El problema es de urgente solución.

-¡Maldita sea! -no pudo refrenarse Carrigan-. ¡Investigarán! ¡Investigarán! Investigarán hasta quedar ciegos ellos también. Y entonces...

-Es de esperar que hallen algún medio de defensa -dijo Rivas, sin convicción.

-La mejor defensa es el ataque-opinó Kutsner, bruscamente.

Carrigan le miró sorprendido.

-¿Qué quieres decir?-preguntó suavemente.

-Que mientras ese desconocido enemigo causa estragos, y contando

nosotros con potentes medios ofensivos, es idiota quedar mano sobre mano. ¡No lo aguanto!

-¡Kutsner! -exclamó Rivas, bajando la voz-. Pueden oírte. No querrás decir que piensas obrar por tu cuenta... El mando...

-¡Al diablo el mando! -rezongó Kutsner con indignación-. No son científicos, sino hombres de acción los que interesan en estos momentos. Ahí están esas plataformas amenazadas. Pueden ser destruidas en cualquier momento y suponen años y años de trabajos. ¿Quiénes son sus comandantes? Hombres cansados, exprimidos materialmente, ésa es la realidad -hablaba con vehemencia-. Son incapaces de adoptar medidas rápidas y eficaces.

-Olvidas que también actúa el mando militar aéreo -objetó débilmente Carrigan.

-¡Ja! ¡Ja! No me hagas reír, Carrigan. Esas fuerzas aéreas no son más que unos miles de aparatos a reacción, como si dijéramos fuerzas de superficie, y unos cientos de aeronaves cohetes capaces de actuar sobre las capas superiores, pero con radio de acción muy reducido. Y tú lo sabes como yo. No, pequeño, no; no será con esas armas con las que se haga daño a las del enemigo, que posee velocidad meteórica.

-¿Entonces? -indagó Rivas. Un secreto presentimiento le anticipó la respuesta de Kutsner.

-Mi opinión es ésta -dijo Kutsner, bajando la voz en tono confidencial-; hombres como nosotros, como todos los que han sido preparados para los vuelos interestelares, son los que deben actuar. Una nave espacial está lista en la plataforma B; un centenar de ellas están prontas a terminarse. Si nos arriesgamos a lanzamos al espacio y conseguimos resultados positivos, pronto los «sabios» ordenarán lo propio a los demás.

-¡Eso es una locura! -protestó Carrigan a través de sus resecos labios. Las manos le temblaban imperceptiblemente de excitación contenida.

Rivas acaricióse la barbilla pensativamente. Kutsner le miraba ansiosamente, esperando su opinión.

-Es difícil llegar a la plataforma B sin ser descubiertos -murmuró, como hablando consigo mismo-. Sin embargo, podríamos intentarlo. Pero, ¿cómo poner en marcha la astronave?

Carrigan abrió los ojos desmesuradamente. Así pues, Rivas estaba dispuesto a secundar los planes de Kutsner. ¡Cielos! ¡Sería una estupenda

aventura!

-Lo tengo todo planeado -afirmó Kutsner-. Partimos en un cohete. Será uno más de los que lleguen a la plataforma B. Los «sabios» y míster Crabb entre ellos, están totalmente ocupados en frenar los estragos que causa esa sustancia. Las comunicaciones con las plataformas son escasas. Una vez en la plataforma será fácil convencer al profesor Turdini de que hemos sido enviados a revisar el interior de la astronave. Carrigan ¿cuánto tardarías en poner en funcionamiento los proyectores?

-Un momento, Kutsner -solicitó Rivas, antes de que Carrigan respondiese-; aún no ha dicho Carrigan si se une a nosotros.

-¡Eh, tú! -saltó Carrigan-. ¿Es que esperabas dejarme aquí plantado? La astronave puede estar dispuesta en siete minutos exactamente. En cuanto a lo que has dicho antes -agregó, dirigiéndose a Rivas-, si tengo la más ligera sospecha de que no contábais conmigo, os aplasto a golpes.

Y adoptó un gesto amenazador tan cómicamente hosco, que Rivas y Kutsner prorrumpieron al unísono en una carcajada.

Los tres hombres continuaron hablando durante un buen rato, ultimando sus planes.

Cuando la mayoría de los que se hallaban en el salón hubiéronse retirado, ellos también lo hicieron.

En el exterior, una fresca brisa acarició sus rostros. Los focos de magnesio iluminaban las amplias pistas con luz fantasmal.

En las alturas, miríadas de parpadeantes estrellas parecían pupilas que observaran las siluetas de los tres amigos encaminándose a sus alojamientos.

* * *

El encargado de la pista norte examinó por tercera vez, perplejo, el cuadro de puntos luminosos del control.

-Oye, Sutton -inquirió con extrañeza-. ¿Has dado salida al T 20?

El aludido no respondió de momento. Giró unos interruptores y anunció con voz monótona:

-Naves K 8 y K 12. Preparadas. Fijen rumbo plataforma A. Despeguen.

A través de la cristalera pudo ver dos fugaces estelas luminosas que surcaban el espacio casi simultáneamente.

-Te escucho -dijo entonces, volviéndose hacia el otro-. ¿Has dicho

algo del T 20?

-Si le has dado salida.

Sutton consultó el cuadro. Un momento señalado con la inicial y el número indicados aparecía iluminado.

-El cohete T 20 continúa en pista.

-¡No puede ser! -protestó con rabia el encargado-. El cuadro automático indica que ha partido. ¡Estos tipos no crean más que problemas! Claro ¡son los pilotos superentrenados! -comentó con sarcasmo-. Estáte atento al regreso del T 20 y a quienes lo pilotan. Daré cuenta de que salieron sin aviso del control. ¡Ya estoy harto!

Mientras tanto, el cohete pilotado T 20 surcaba la atmósfera superior terrestre. Y su punto de destino era la plataforma B.

-Sospecho que vamos a tener inconvenientes -murmuró Rivas, hablando por el micrófono instalado en el casco que cubría su cabeza. Su mirada seguía atenta la línea luminosa que movíase señalando el rumbo de la nave sobre la iluminada carta de vuelo.

-No los tendremos -llegó hasta él la voz de Kutsner-. El profesor Turdini no sospechará nada.

-Tal vez haya sido advertido desde tierra -terció la voz de Carrigan, aislado en la tercera cabina-. No hay que olvidar que seremos considerados desertores o tal vez peor. Hay que obrar con rapidez.

-¡Atentos! -avisó Rivas-. Plataforma B a la vista.

A lo lejos, como una gran estrella que destellara luz verde, la enorme plataforma B gravitaba en la oscuridad insondable, como un pequeño mundo. Parecía inmóvil, aunque giraba alrededor de la Tierra a una velocidad dos veces superior a la de la Luna.

En unos segundos, el T 20 llegó a su proximidad. La plataforma constaba de un cuerpo central en forma de esfera aplanada. En su interior estaban instalados los generadores de energía, almacenes y alojamientos del personal. Dos anchas pistas circulares rodeaban el punto central, semejando inmensos anillos. Aquellas eran, en realidad, las plataformas de lanzamiento.

Como restos de un naufragio, flotaban a su alrededor gran cantidad de materiales. Desde haces de vigas de duraluminio hasta los tubos do gases comprimidos. Todos ellos unidos a la plataforma por largas y resistentes sogas de material plástico, las cuales no parecían tensas, sino flojas y adoptando

caprichosas curvas. La ausencia de fuerza de gravedad permitía aquel prodigio. Los objetos llegados a las proximidades de la plataforma convertíanse en sus satélites. Entre ellos se encontraba la primera nave interestelar, bautizada con el nombre de «Alción».

Un aviso enviado por el T 20 con las luces de transmisión, hizo que desde la plataforma fuese disparado un cable que quedó flotando cerca de la salida del cohete.

Kutsner procedió a salir.

Para un hombre que no hubiese sido previamente entrenado, como lo habían sido los destinados a vuelos interplanetarios, aquella sencilla operación hubiera resultado altamente desconcertante. En primer lugar, Kutsner lanzóse de un salto al vacío en dirección al cable extendido.

No permaneció en actitud erecta, sino que realizó varias lentas volteretas, hasta que su mano empuñó una extraña pistola conectada a uno de los recipientes que aparecían fijados a su espalda a manera de mochila. Contenía gas comprimido a varias atmósferas.

Una serie de hábiles y bien dirigidos disparos, le hicieron avanzar, aprovechando la fuerza de retroceso, hacia el cable flotante. Lo prendió con la mano que le quedaba libre, y por el mismo original procedimiento, llegó hasta la proa del cohete, aparentemente inmóvil, y lo hizo pasar por la anilla de sujeción.

Cuando la aeronave quedó sujeta, el trío dirigióse a la plataforma, utilizando las pistolas de gas.

El avance hasta la entrada del cuerpo central fue por demás grotesco. Unas veces tendidos; otras, cabeza abajo, y, las más de ellas, dando lentas volteretas, halláronse, al fin, en el interior de la antecámara de seguridad, cuya puerta exterior cerraron.

Una vez allí, abrióse otra puerta que les dio acceso al interior. Ya eran innecesarios los cascos y el traje especial. El interior del satélite estaba dotado de generadores de atmósfera terrestre y de un campo magnético que sustituía a la gravedad.

El profesor Turdini les recibió afablemente. Era un anciano enjuto y vivaz, cuya mirada parecía no haber envejecido.

Les invitó a tomar asiento e inició la conversación.

-¡Qué agradable sorpresa! ¿Has decidido míster Crabb que se inicie el

vuelo?

-Pues...-Rivas titubeó. Le pesaba mentir a aquel hombre-. Algo así debe ser. Nos ha enviado a revisar la astronave y a esperar instrucciones.

-¡Ah! Bien -aprobó el profesor-; conviene asegurarse de todo. Últimamente pareció que el proyecto peligraba. Las noticias de superficie eran aterradoras.

-Siguen siéndolas -aseguró Rivas-. Los focos epidémicos se extienden peligrosamente y existe el temor de que sean lanzados otros cuerpos productores de distintos trastornos.

-¡Horrible! ¡Verdaderamente horrible! ¿De qué extraños seres procederá este ataque?

-Es cosa que sigue investigándose... -iba a explicar Rivas.

Pero fue interrumpido por el práctico Kutsner.

-Perdón -dijo-. ¿No habrá inconveniente en que Carrigan inicie la comprobación? No sabemos si míster Crabb interesará detalles de un momento a otro...

Miró significativamente a Rivas, como indicándole que los segundos eran preciosos.

-¡Claro que sí! -accedió el profesor-. Puede comenzarla ahora mismo. Diariamente es comprobada y creo que la hallarán a punto.

Carrigan se dispuso a salir.

-La comprobación del carburante no exige mucho tiempo ¿eh, Carrigan? -preguntóle Kutsner, con indiferencia.

-Unos siete minutos aproximadamente -respondió éste, consultando su cronómetro.

El profesor Turdini no prestó atención al simultáneo movimiento de Kutsner y Rivas consultando sus relojes.

-Bien -finalizó Kutsner-; esperamos tu regreso para salir nosotros. Date prisa.

Al salir Carrigan, los tres continuaron charlando amigablemente.

El profesor Turdini se levantó para mostrar a los dos amigos las fotografías obtenidas al paso del extraño objeto. Aquel momento fue aprovechado por Kutsner para desconectar la línea del megáfono que comunicaba con la estación de radio. Rivas diose cuenta de la operación, y ya más tranquilo, escuchó las explicaciones del profesor.

¡Cinco minutos! Habían transcurrido cinco minutos desde la salida de Carrigan. Rivas calculó mentalmente. Siete minutos para poner en marcha los reactores. Dos -mejor tres- para desplazarse a la astronave. ¡Diez minutos! Faltaban, pues cinco minutos para obrar.

¿Sospecharía el profesor si salían antes de que llegara Carrigan? ¿Daría la voz de alarma algún hombre del exterior? Rivas recordó las líneas luminosas que anunciaban la puesta en marcha de la astronave.

-¿Ha comprendido? -la voz del profesor le produjo la impresión de un latigazo.

No; no había prestado atención alguna a la explicación, concentrado en sus pensamientos.

-Sí -afirmó al azar-; no puede ser de otra forma.

El profesor pareció quedar satisfecho. Procedió a guardar las fotografías, y Rivas vio a Kutsner arrancar violentamente de un tirón el cable del megáfono.

-¿Para qué haría aquello? -se preguntó.

¡Ocho minutos! Kutsner lo miró rápidamente en una muda interrogación. Evidentemente el alemán había calculado el tiempo de igual manera que Rivas.

Nuevamente tomó asiento el profesor. La tensión nerviosa de Rivas iba en aumento, pero nada exteriormente la indicaba. Era un muelle de acero presto a dispararse.

Sufrió un sobresalto al ver ponerse en pie a Kutsner. Este se acercó a un gran planisferio de la bóveda celeste, que aparecía fijado en la pared a espaldas de Turdini.

-Muy detallado -comentó, mientras lo examinaba con atención.

El profesor volvióse a medias.

-Sí -confirmó-. Es un magnífico trabajo del departamento de Cartografía. El profesor Courdin es genial.

Rivas consultó de reojo la hora. ¡Nueve minutos y cuarenta segundos!

-Vamos a marcharnos, profesor -comenzó a decir.

Pero quedó con la boca abierta. De improviso, Kutsner, con rapidez fulmínea, había rodeado con su fuerte brazo el cuello del profesor, mientras con la otra mano cubríale la boca.

-¡Pronto, Rivas! -apremió-. ¡Una mordaza!

Rivas giró velozmente la vista por la habitación. Un estante mostraba sus cristales cubiertos por finas cortinillas. Sin detenerse a abrirlo, rompió el cristal y se apoderó de ellas.

El profesor se debatía débilmente.

Una vez le fue colocada una cortina como mordaza, Kutsner le sujetó los brazos a la espalda, atándolos con el cable que arrancó. También fue amarrado por los tobillos con la cortina restante.

Todo esto fue ejecutado en unos segundos. Cuando la endeble figura del profesor quedó sentada, mostrando unos ojos abiertos extraordinariamente por el asombro, Rivas sintió compasión de él.

-Perdón, profesor -le dijo amablemente antes de salir-; no había otro recurso. Lo siento de veras.

-Déjate de cumplidos -cortó Kutsner, empujándole hacia la salida-. Si fracasamos, no serán tan atentos con nosotros.

CAPÍTULO VI

El cuarto viajero

La astronave «Alción» surcaba el espacio a la fantástica velocidad que le imprimían sus reactores puestos a la máxima potencia.

Después de la emocionante salida de la plataforma B, los tres amigos sólo habían cambiado las palabras técnicas precisas para la mejor realización del vuelo.

Rivas, frente a los mandos, tenía ante sí la pantalla del «ojo exterior» cuyas células iban mostrándole las infinitas constelaciones que se encontraban frente a la proa. Pantallas semejantes, indicaban a Kutsner y Carrigan la atrayente y majestuosa visión de rutilantes estrellas que desfilaban a uno y otro lado de la astronave.

Hasta ahora, cada cual permanecía frente a sus cuadros, atentos a la menor incidencia, en la espaciosa cabina de dirección. El resto de la nave estaba dividido en diferentes departamentos. Además de las cámaras de carburantes, atmósfera y provisiones, existían varias torretas independientes, con armas nucleares automáticas, prestas a ser manejadas desde la cabina de los mandos. Otra cámara estaba provista de confortables lechos, y, una más amplia, era la destinada a sala de reunión.

Mapas y proyecciones de todo cuanto podía ser de valor para los vuelos estelares, aparecían fijados en los testeros.

Rivas vio reflejarse sobre la pantalla el azulado globo de la Tierra. Era, a aquella distancia, unas dos veces mayor que la Luna. Apreciábase perfectamente, en una limpia proyección orográfica, el conocido contorno de la región polar.

De improviso, una inmensa mole, con un lívido reflejo fosforescente, pareció venir a precipitarse sobre la «Alción». Un leve giro en el mando, hizo desaparecer el peligro en la pantalla.

Rivas ajustóse el casco provisto de lentes espectroscopios.

-¡Atención, Carrigan! -comunicó-. Entramos en zona de aerolitos. Atento a los campos magnéticos.

-No hay cuidado -afirmó Carrigan-. Son inocentes piedras de encendedor. A babor han cruzado varios lititos.

-También a estribor -comunicó Kutsner-. El «Geiger» ha denunciado fuertes radiaciones.

-Pongo en funcionamiento las ondas de envoltura -dijo Rivas, presionando un resorte-. Fijo el rumbo. Vamos a la sala.

Las ondas de envoltura preservaban a la astronave de cualquier impacto exterior. Una bien estudiada distribución de células supersensibles, actuaba en los mandos automáticamente, desviándola del encontronazo por veloz que fuera el otro cuerpo.

Ya en la sala, los tres amigos miráronse en silencio.

-Ya hemos cometido la locura -dijo Rivas con voz lenta-. Me gustaría oír la opinión de míster Crabb -añadió irónicamente.

-Mejor no oírla. Podemos imaginárnosla -rezongó Carrigan.

-De todas formas, lo hecho, hecho queda. Y ahora, ¿qué plan seguimos? -indagó Rivas.

-Sigues siendo el comandante de la nave -intervino Kutsner-. Sin embargo, mi opinión es que debemos intentar localizar la base de esos artefactos.

-No es tan fácil -objetó Rivas-. Son endiabladamente rápidos. Por un momento pensé que tal vez se refugiaran en la zona de aerolitos, pero...

-Es muy probable que así sea -interrumpióle Carrigan.

-No, no lo creo. Hay que pensar en una lejana base; tan lejana, que escape a nuestro radio de acción. Tal vez procedan de un desconocido planeta.

-Creo que pecas de pesimista. Lo mismo que llegan a la Tierra, podemos nosotros llegar a sus bases -aventuró Kutsner.

Carrigan iba a opinar algo, cuando un golpe metálico oyóse fuera de la sala.

-Ha sido en el pasillo -afirmó Carrigan, escuchando atentamente.

-¿Se habrá desprendido algo?

-Es posible, Rivas. Voy a ver.

Abrió la puerta metálica y salió. Sus amigos le oyeron avanzar a lo largo del estrecho corredor que conducía a las cámaras de combustible y provisiones.

Súbitamente, una luz roja encendióse en la sala. ¡Carrigan solicitaba ayuda!

Los dos hombres cruzaron la puerta y corrieron hacia el final del pasillo. Ante la puerta del almacén de provisiones se detuvieron.

-¡Carrigan! -llamó Rivas.

-¡Aquí estoy! -respondió éste desde el interior del almacén-. ¡Entrad pronto, por mil diablos!

Rivas y Kutsner empujaron la puerta. Vieron a Carrigan, alumbrado por la débil luz rojiza que despedía un pequeño luminiscente de neón, afanándose en apartar una verdadera montaña de paquetes, conteniendo verduras deshidratadas, que habíanse derrumbado y cubrían el espacio libre.

-¿Eso es todo? - preguntó jocosamente Kutsner, inclinándose para recoger algunos.

Carrigan apartábalos precipitadamente.

-Todo, no -replicó, jadeante, sin cesar en el esfuerzo-. Alguien originó el derrumbamiento y quedó sepultado. ¡Aprisa, Kutsner!

Rivas incorporóse instantáneamente al oír a Carrigan. Dos paquetes cayeron de sus manos.

-¿Estás loco, Carrigan? -su rostro mostraba gran sorpresa.

-Ahora lo verás. Sigue la tarea.

Pronto fue abierto un hueco en los paquetes, y Carrigan se inclinó, enzarpando algo que se movía débilmente.

-Ya lo tengo, muchachos -anunció-. ¡Un auténtico polizón!

Lo izó con todas sus fuerzas, tirándole de una pierna, hasta dejarlo boca abajo sobre los paquetes.

En la semipenumbra apenas podía distinguirse la tendida figura.

-Dale al conmutador, Kutsner. Veamos quién es -decidió Rivas.

El almacén quedó iluminado con una viva luz. Carrigan volvió el cuerpo tendido para verle el rostro.

-¡Dios Santo! ¡Una mujer! -exclamó Rivas al ver aquel rostro.

-¡Una mujer en carne y hueso! -murmuró Carrigan, no menos sorprendido.

-Lo que nos faltaba -lamentóse Kutsner-. ¿Cómo llegaría hasta aquí?

La joven -pues, tratábase de una mujer como de unos veintidós años-estaba inconsciente. Los paquetes eran de poco peso, pero ella debió sufrir algún golpe al caer.

Vestía la indumentaria de los hombres que trabajaban en el exterior de las plataformas; o sea, una especie de amplio y poco flexible traje hecho de una pieza, confeccionado de una materia especial. La cabeza teníala descubierta, y su espléndido pelo castaño enmarcaba un rostro encantador de

perfil inteligente.

Entre Rivas y Kutsner la trasladaron a la sala, y Carrigan quedó ordenando los paquetes.

Cuando Carrigan regresó, aún continuaban sus amigos intentando hacer que la joven recuperase el conocimiento. Traía Carrigan en la mano el casco que halló entre los paquetes.

-B cinco -dijo, lacónicamente, mostrándolo a sus amigos.

Era acuerdo establecido por la Organización, que el personal destinado en las plataformas tuviese un número, además de la inicial de aquella en que se encontraban. Así, en los trabajos del exterior, mostraban en sus cascos la inicial y la cifra, pudiendo ser identificados con facilidad. Los cascos hacían imposible reconocer los rostros.

-B cinco -repitió Rivas-. ¿Quieres mirar las claves, Kutsner?

Kutsner extrajo de un anaquel el volumen de las claves de la Organización. Hojeó rápidamente, y, por último, se detuvo y leyó con atención.

-La hemos hecho -comentó.

-¿Quién es? ¿Cuál es su misión? -preguntó Rivas.

-Técnico en Cartografía y distancias espaciales.

-¡Bueno! -murmuró Carrigan, rascándose pensativamente la frente.

-¿Nombre? -indagó Rivas.

-Lina Turdini.

-¡No! -protestó Rivas, con un respingo.

-Hija del profesor Turdini, actual comandante de la plataforma B -continuó leyendo Kutsner, imperturbable.

-¡Válgame Dios! -musitó sordamente Carrigan-. ¿Creerán que la hemos raptado?

-Que crean lo que quieran -cortó Rivas, con decisión-. Después de lo que hemos hecho, poco puede importar ese detalle. Sólo que no me agrada esta complicación. Quédate, Carrigan -añadió-. Cuando vuelva en sí la instalas lo mejor que puedas y procuras informarte del porqué se encuentra aquí. Nosotros volvemos a la cabina. Vamos, Kutsner.

Y, con gesto de disgusto, Rivas salió seguido por Kutsner.

* * *

Ahora la astronave parecía suspendida en un mundo poblado por

millares de polícromos puntos luminosos y lejanísimos.

Empero, el «ojo exterior» de proa señalaba las grandes masas de los braditas, esas estrellas fugaces de escaso brillo, que se mueven con relativa lentitud en el espacio.

Volaban por una zona poblada de aerolitos. Algunos de ellos cruzaban a una peligrosa cercanía de la astronave. Eran fragmentos de mundos destrozados por las fuerzas cósmicas y que ahora no eran más que errantes pedruscos en el infinito. Algunos, tal vez formaron parte de un mundo habitado por seres vivientes, y, ahora, tras la horrible hecatombe que lo despedazara, vagaban por los espacios cósmicos como tumbas flotantes de un pasado perdido. O tal vez aún existiera vida en sus entrañas pétreas; pero si así era, sólo serían bacterias las que vivieran.

Aquel imponente espectáculo, nunca visto por otros seres humanos, embargaba totalmente la atención de Rivas y Kutsner.

La velocidad meteórica de la «Alción» era imperceptible en aquellas inmensidades espaciales, en que las distancias se cuentan por años-luz[1].

-¡Mira, Rivas! -gritó en aquel momento Kutsner.

Sobre la pantalla del «ojo exterior», situado a babor, reflejábase una en apariencia flotante gasa luminosa constituida por una densa masa de polvo cósmico. Tras ella, como queriendo ocultarse en aquella brillante niebla, un gran espacio aparecía poblado por aerolitos de distintos tamaños.

Rivas habíase acercado a la pantalla de babor. Vio la inmensa extensión que cubrían las piedras aéreas. Parecían cercanas, casi juntas, pero Rivas sabía que estaban separadas por miles de millas.

-¿Nos aventuramos por esa zona? -preguntó a Kutsner.

-Tú decidirás -respondió éste-. Creo, sin embargo, que sería lo más indicado.

-Pues allá vamos.

Desvió el rumbo, e instantáneamente apareció en la pantalla de proa la zona de aerolitos que antes vieran a babor.

El espectáculo de aquellos mundos pétreos resultaba por demás impresionante. Agudas y cónicas montañas elevábanse en ellos, formadas aparentemente por lava petrificada. Horrendas y dentadas gargantas abríanse en sus estériles superficies, presentando una visión infernal y escalofriante.

La mayoría de estas masas, adoptaban una forma irregular. No

distinguíase en ellas redondez alguna. Las había pequeñas, con una superficie de punta a punta no mayor a una decena de millas. Otras, en cambio, eran de proporciones gigantescas, y un halo -amarillo, azul o sonrosado- las aureolaba, como si una envoltura de ligeros gases luminosos las rodeara.

La astronave cruzaba rauda por aquel archipiélago de gigantes petrificados.

De improviso, uno de los contadores que se hallaban instalados frente a Kutsner, osciló violentamente.

-¡Radiaciones! -gritó Kutsner-. ¿Va envuelta la nave?

-Está protegida por las ondas. ¿Puedes localizar el campo de irradiación?

-Debe ser una enorme masa que aparece a babor. Desvía el rumbo unos grados en esa dirección.

-Ya la veo -afirmó Rivas-. ¡Hermosa peladilla! Seguramente es igual a un tercio de la Luna.

-Las radiaciones son más intensas -advirtió Kutsner-. Puede resultar peligrosa su proximidad.

Acercóse de un salto a los cuadros de estribor y lanzó una exclamación:

-¡Diablo! ¡Cuidado, Rivas! Estamos en un fuerte campo magnético. ¡Acelera los reactores!

-¡No abandones el cuadro de babor! Atento a las radiaciones. ¡Carrigan! -llamó Rivas, conectando el micrófono del casco con la sala interior-. ¡Ven a la cabina! ¡Rápido!

El enorme aerolito desapareció de la proa. Rivas sabía que ahora lo estaba contemplando Kutsner. Con una ligera inclinación, lo estaban contorneando.

En aquel momento entró en la cabina Carrigan. Junto a él lo hizo Lina Turdini, la joven que hallaron en el almacén de provisiones. Ambos iban provistos de los cascos especiales con lentes espectroscópicos.

-¿Ocurre algo? -indagó Carrigan. Pero no necesitó explicación alguna. En la pantalla de babor pudo contemplar la gran forma del aerolito al que contorneaban.

-Existe un campo magnético de fuertes radiaciones. Localízalo -habló Rivas sin volverse.

Carrigan señaló a la joven un lugar junto al asiento de estribor.

Procedió a examinar los magnetómetros para fijar la intensidad del campo magnético y su posible centro. Tras unos segundos, habló rápidamente:

-El campo magnético no procede de la masa pétrea. Probablemente existe tras ella otro cuerpo que lo origina.

-¿Otro cuerpo? -Rivas volvióse, extrañado, hacia el lugar que ocupaba Carrigan. Entonces descubrió a la joven, y un gesto de contrariedad asomó a su semblante.

-¿Qué hace aquí? -preguntó adustamente.

Lina no respondió. Miró fijamente a Rivas y sus labios se movieron en un rictus de desprecio.

-Vuelva al otro departamento -aconsejóle Rivas-. Este no es lugar para usted.

-¿Y para usted sí? -replicó la joven con sarcasmo-. ¿Para usted y para sus compañeros?

-¿Qué dice? -Rivas acercóse a ella con hosco semblante-. No es momento de discutir. Salga.

-Ya lo hago. Pero no antes de decirle que usted y sus amigos no son otra cosa que unos despreciables cobardes. Eso son. ¡Cobardes desertores!

-¡Está loca! ¡Salga, le digo! -gritó Rivas en tono tan apremiante, que Kutsner volvióse a tiempo de ver a la joven salir de la cabina con gesto enfurruñado.

-¿Por qué la has traído aquí? -preguntó Rivas mientras se dirigía a su puesto.

-Estaba terriblemente asustada -explicó Carrigan, sin dejar de observar los instrumentos-. Tiene gracia. Nos cree desertores de la Tierra. Algo así como unos piratas del espacio. ¡Je! ¡Je!

Al tomar asiento Rivas y mirar en la pantalla, dio un respingo de asombro.

-¡Rayos! ¿Qué es esto?-exclamó-. ¡Venid!

Carrigan y Kutsner aproximáronse de un salto. La pantalla del «ojo exterior» de proa mostraba un extraño cuerpo.

La astronave había continuado rodeando al aerolito, y, por tanto, aquel cuerpo debía haber estado oculto a ellos. Era un gigantesco aro, aun mirado a la distancia en que se encontraba. Cuatro líneas lo unían al núcleo

central, semejando una gigante rueda con cuatro radios. Una fina línea luminosa, de color verde, rodeábalo en su periferia, mientras el cuerpo central brillaba intensamente.

-¿Qué puede ser? -preguntó Carrigan, venciendo la sorpresa.

Rivas miraba mientras tanto un fragmento de planisferio concienzudamente detallado. Justamente el mismo lugar por el que ahora volaban.

-Parece... -comenzó a decir.

-Una plataforma aérea -interrumpióle Kutsner, terminando la frase.

-¡Imposible! -protestó Carrigan.

-¿Imposible, dices? -replicó Rivas-. Ahora lo veremos.

El rumbo de la «Alción» fue enfilado hacia aquel enigmático punto.

-¡Cuidado, Rivas! Las ondas magnéticas son cada vez más intensas -advirtió Carrigan.

-Mídelas. Y haz entrar en función las ondas antimagnéticas que las neutralicen.

Velozmente, la astronave fue aproximándose al círculo iluminado. Ya podían distinguirse claramente sus contornos. Era amplio, de una amplitud monumental. Gravitaba con una ligera inclinación, y, aun cuando parecía inmóvil, cierta breve oscilación que podía percibirse tomando como punto de referencia el fondo estrellado, indicaba que giraba lentamente sobre su eje.

Más cerca podían distinguirse algunas formas que le seguían en su ruta a través del espacio. Parecían unidas al anillo por invisibles lazos.

-¡Naves aéreas! -musitó Kutsner sordamente.

Tenían formas ovoidales y circulares, aplanadas inverosímilmente. Otras parecían proyectiles ojivales. Los parpadeantes reflejos estelares arrancaban destellos metálicos de aquella extraña escuadra aérea.

La «Alción» dio una meteórica pasada sobre la plataforma.

Los tres amigos corrieron hacia la pantalla que mostraba el espacio sobre el que volaba la astronave.

Aquello resultaba portentoso. Tratábase de la más inmensa plataforma espacial que pudiera concebir la mente humana. El centro iluminado, era, sin duda alguna, la fuente generadora de energía, que era distribuida a través de los cuatro radios que la unían con el ancho anillo exterior. Y éste, cubierto totalmente por una cubierta metálica, alojaría a los extraños y enigmáticos

seres que proyectaron y realizaron aquel portento de ingeniería.

-Me parece que hemos localizado la base enemiga -dijo Rivas-. ¿Qué opináis?

-Debemos fijar su posición y velocidad, y seguir explorando por si existen otras -recomendó Carrigan.

-Sería perder tiempo -opuso Kutsner-. Creo que nos hallamos frente a uno de los dos extraños satélites desconocidos que apasionaron al Mundo allá por los años 1948 al 1957. No era desacertada la hipótesis de algunos científicos de que podían tratarse de plataformas lanzadas por otros planetas para explorar la Tierra. Ellas sirven de base para el lanzamiento de los que entonces fueron llamados «platillos volantes», ¿recordáis?

-¿Entonces? -apremió Rivas.

-Tú eres el comandante -dijo Carrigan-. Si te parece, ¡duro con ellos!

-No debemos precipitarnos - habló Kutsner reposadamente-. ¿Dijiste que en ese gran aerolito no existían campos magnéticos?

-Efectivamente -asintió Carrigan.

-Entonces, ¿por qué no emboscamos en él y acechamos la salida de alguna nave enemiga? Podemos descubrir valiosos datos.

-Pero -objetó Carrigan-, ¿no será demasiado arriesgado?

-No está mal pensado lo dicho por Kutsner -decidió Rivas-. Estableceremos nuestra base en ese gran peñón y daremos una sorpresa a nuestros belicosos vecinos estelares.

La astronave ejecutó un amplio rodeo, dirigiéndose a la masa petrificada que flotaba a lo lejos, semejante a una enorme nube fosfórica.

CAPÍTULO VII

Exploración del planetoide

Las pantallas de los «ojos exteriores» permanecían iluminadas. Los dos hombres y la mujer observaban con rostros ansiosos, cada uno en la que tenía ante sí, el fantástico panorama que extendíase a lo lejos como una visión de pesadilla.

Una lívida claridad, reflejada de lejanas estrellas, prestaba un halo fantasmagórico al irregular terreno poblado de agudas aristas rocosas.

Habían transcurrido varias horas desde la llegada de la «Alción» al planetoide, donde quedó posada con sus patines de sustentación en un lugar algo más despejado de rocas. Y tan sólo hacía treinta minutos que Kutsner salió de la astronave.

Lo hizo, pese a las protestas de sus compañeros y aun de la propia Lina, que intervino en la discusión. Pero Kutsner, obstinadamente, alegó que no podían quedar allí inactivos, contemplando el árido paisaje, y sin explorar por lo menos aquellos alrededores.

Al fin, cedieron a su insistencia. Fue equipado con el pesado traje espacial de superficie, impenetrable en absoluto a influencias atmosféricas del exterior. Los recipientes generadores de atmósfera le fueron acoplados por sus compañeros con todo detenimiento. El pesado revólver electrónico, capaz de disparar un proyectil desintegrante por segundo, quedó prendido junto a su cadera derecha, así como la ingeniosa linterna de magnesio, que producía velocísimas explosiones luminosas de gran radio.

Tras aquel imponente equipo, la figura de Kutsner se agigantó, adquiriendo apariencias de ente infernal.

El prevenido Carrigan colgóle, en el ancho cinturón que rodeaba la cintura, un termómetro.

A continuación, midió concienzudamente la intensidad magnética del planetoide. Aun cuando mientras se hallaron lejos de él no fue perceptible, una vez en la superficie resultó con una ligera atracción. Verificó nuevamente las medidas y habló por el micrófono de la emisora-receptora:

-Apenas es notable la fuerza de gravedad. Ese aspecto de mastodonte que tienes, quedará reducido, cuando salgas, a un peso de unas cuatro libras.

Kutsner hizo un lento movimiento asintiendo. Desde el momento en que fue revestido con el equipo de superficie, quedó aislado. Sólo los ojos y el

emisor-receptor instalado en el caso, poníanle en contacto con el mundo exterior.

-Ya sabes, Kutsner -recomendóle Rivas, hablando también por el micrófono-; no dejes de comunicar con nosotros. Tienes cinco horas como máximo para la exploración. ¡Suerte!

-«Gracias, amigos -la voz de Kutsner atronó la cabina, y Carrigan se apresuró a reducir el volumen-. Comunicaré frecuentemente. Y a usted, señorita Turdini, si encuentro alguna orquídea se la traeré como recuerdo.»

Lina sonrió imperceptiblemente. Poco a poco había ido desapareciendo de su rostro el gesto huraño que adoptó desde que fue descubierta, y llegó a colaborar en algunas tareas con los tres amigos. Llegó hasta casi a considerarse uno más en aquella extraordinaria aventura. No fue ajeno a ello el alegre carácter de Carrigan, quien, entre bromas, le fue explicando la verdadera finalidad de su escapada al espacio.

Llamábala por su nombre de pila y ella correspondía a esta confianza. También Kutsner había simpatizado con Lina y ambos sostenían animadas discusiones científicas.

Con quien no había acabado de mantener cierto alejamiento era con Rivas. Algo se interponía entre ambos; algo invencible e inexplicable, pero que se alzaba entre ellos como una invisible barrera.

Rivas no había vuelto a intervenir con respecto a ella, pero Lina sentíase soportada molestamente, y no acogida con amistad, por aquel hombre de dura mirada y rostro enérgico, a quien sus amigos llamaban amistosamente «el comandante». Y Lina intentó en varias ocasiones romper con sutileza aquella muralla, mas siempre halló una impenetrable frialdad e indiferencia.

Kutsner había salido. Primero se introdujo en la cámara de seguridad, y, cuando ésta fue cerrada herméticamente por sus compañeros, abrió la compuerta que daba al exterior. Miró por un momento la distancia que le separaba de la superficie, y luego, sin pensarlo más, lanzóse desde aquella altura.

Por el «ojo exterior» de babor, pudieron verle. Cayó lentamente; tan lentamente, que parecía un extraño pelele sostenido por invisibles hilos. Botó en la superficie una y otra vez, con lentísimos movimientos de ascenso y descenso, hasta quedar apoyado en las rocas de una manera evidentemente inestable.

Le vieron inclinarse para regular las ondas de imantación emitidas por el generador magnético alojado en las gruesas suelas de sus botas. Y pudieron contemplarle caminando con pasos regulares como si se hallase en la Tierra.

Su voz resonó en la cabina:

-«Todo va bien. Siento, sin embargo, una inexplicable sensación de anchura, de dilatación. Sigo adelante.»

-Comprueba el termómetro -solicitó Carrigan.

La pequeña figura reflejada en la pantalla se detuvo y realizó un movimiento con el brazo.

-«Nada -habló Kutsner-. La columna de mercurio está reducida a una insignificante bolita que baila en el depósito.»

Seguidamente, Kutsner inclinóse nuevamente y manipuló en las botas. Sus amigos viéronle alejarse a grandes saltos «flotantes», como ocurría en los antiguos cinematógrafos al proyectar las figuras a cámara lenta.

Tras unos minutos de marcha, desapareció al rodear una dentadas y bajas crestas con apariencias de cristal de cuarzo.

Y ahora, los dos hombres y Lina espiaban con inquietud la vuelta de Kutsner.

Habían estado recibiendo mensajes del explorador, en los que les participaba lacónicamente sus impresiones. Atravesó cráteres de lava petrificada. Avanzó trabajosamente a través de extensiones pobladas de agudas cristalizaciones cónicas de color amarillento. De promontorios negros como el carbón. Pero ni el menor rastro de vida pudo hallar. Ni vegetales ni animales visibles. Sólo roca y cristal.

Algo, empero, llamó su atención. Algo que denominó, al comunicarlo a sus amigos, como «masas suspendidas». Pero, a partir de entonces, cesó toda comunicación.

Cuatro, cinco, seis horas transcurrieron con desesperante lentitud. Un silencio de tristes presagios cerníase en la cámara. Nadie hablaba, pero todos temían íntimamente hubiese ocurrido algo desagradable al valeroso Kutsner.

Carrigan no pudo contenerse más.

-¿Qué hacemos, Rivas? -preguntó ansiosamente, casi suplicante.

-Esperar -fue la seca respuesta.

-¿Esperar? Puede hallarse en peligro. Tal vez cayó en alguno de esos cráteres que citó. El traje puede habérsele desgarrado. ¡Dios le valga! -

lamentóse Carrigan ante la terrible idea.

-Es muy difícil eso que dices. Puede ser tan sólo una simple avería del emisor. Kutsner sabe que el generador únicamente puede facilitarle atmósfera unas diez horas. Esperemos.

Rivas quedó con las mandíbulas contraídas y la vista fija escrutando en la pantalla. El paisaje iba oscureciéndose lentamente.

-Enciende los focos, ¿quieres? -dijo a Carrigan-. Todos.

Este obedeció. El espacio reflejado en las pantallas quedó intensamente iluminado con luz blanca que dábale semejanza con montañas nevadas.

-¿No piensas hacer nada, Rivas? -insistió Carrigan con voz angustiosa, al ver que transcurría el tiempo.

-¿Qué puede hacerse? -preguntó el aludido, con voz extrañamente tranquila.

-Salir. Salir en su busca cada uno por un lado. No podemos estar aquí tan tranquilos mientras Kutsner...

-¿Estás tú tranquilo? -atajóle Rivas.

-No... no -tartamudeó Carrigan.

-Igual me ocurre a mí. Pero, ¿has pensado en lo que dices? Supongamos que realmente existe peligro, un peligro mortal para todo el que pose la planta en este condenado planetoide. Y bien, ¿qué ganaríamos con salir los dos, siguiendo los pasos a Kutsner? Ya lo conoces. No se deja sorprender por nada; si algo le ha ocurrido, con más razón nos ocurriría a nosotros. Puede que haya encontrado algo especial y lo esté investigando. Además, nos debemos a una misión. Si todos perecemos...

-Puedo salir yo solo en su busca -propuso Carrigan.

-Eso es otra cosa. Puede que se haga necesaria una salida. Pero el que quede en la astronave no debe salir al exterior por ningún concepto. Cuando considere perdidas todas las esperanzas, la pondrá en marcha y dirigirá el rumbo hacia la Tierra. He decidido esperar justamente siete horas.

-Entonces ¿transcurrido ese plazo podré salir en busca de Kutsner?

-Tal vez -contestó Rivas ambiguamente.

-¡Cobarde! -gritó en aquel instante Lina, descompuestamente. Había asistido en silencio a la conversación de los dos hombres, y su mirada habíase endurecido al oír a Rivas-. ¡Cobarde! -repitió-. Ahora he visto claro su juego.

Los dos hombres volviéronse simultáneamente hacia ella.

-¿Qué dice, Lina? -preguntó Carrigan, extrañado, prendiéndola de un brazo.

-¿No lo comprende, Vic? -chilló la joven histéricamente-. ¡No es más que un cobarde! Está asustado de esta empresa. Sospecha que a Kutsner le haya ocurrido algo, pero teme...

-¿Quiere callar...? -intentó Carrigan atajarla, mientras volvía el rostro desolado hacia Rivas-. ¿Cómo puede pensar semejante...?

-Déjala hablar -interrumpióle Rivas autoritariamente. Una voz dura y metálica, como jamás le oyera Carrigan-. Continúe.

El rostro de Rivas parecía de ceniza y presentó la rigidez de una piedra. Ni un bloque de granito hubiera podido dar una mayor impresión de dureza e impenetrabilidad. Carrigan mostróse inquieto al mirarlo.

-Sí; hablaré -continuó Lina, cada vez más excitada-. Primero, Kutsner; luego le tocaría a usted, Vic. Ya lo ha dicho. Y luego, él, el héroe -recalcó la palabra con sarcasmo- volvería a la Tierra para explicar su proeza. Pero habrá de matarme si no quiere que le desenmascare... ¡Oh, Dios mío, pobre...! -un sollozo cortó la frase.

Carrigan, indeciso, no sabía qué hacer o decir. Entonces fue cuando sonó la pregunta de Rivas como un trallazo:

-¿Ha terminado ya?

Y Carrigan no pudo captar si el tono era irritado, sarcástico o indiferente.

Aquella pregunta rompió la tensión de Lina, que se desplomó en el sillón sollozando nerviosamente.

-Y escuche esto, señorita -continuó inflexible Rivas-. Se encuentra usted aquí por meter las narices donde no la llaman. No tenía por qué estar en el interior de la astronave. Pero ya que está, debe procurar ser útil y no un estorbo. Siga atenta a la pantalla -la voz continuaba siendo helada-. Y si no se siente bien, quédese en la sala y tome un calmante. Los ataques histéricos son muy desagradables. Por una vez pueden pasar.

Lina incorporóse y salió en silencio de la cabina.

-Lo dicho, Carrigan -dijo Rivas, esta vez con voz tranquila-. Aguardaremos siete horas justas. Atiende esas dos pantallas. Hemos perdido mucho tiempo.

CAPÍTULO VIII

Siguiendo las huellas

Kutsner no volvió en el plazo señalado. En el mismo instante en que éste se cumplió, Rivas separóse de la pantalla ante la que se mantuvo hasta entonces en silencio. Consultando su reloj, dijo:

-Siete horas. Es llegado el momento de entrar en acción.

-Salgo por el traje de superficie -Carrigan inició unos pasos hacia la puerta. Su rostro habíase animado súbitamente.

-Bien; puedes hacerlo. Pero quien saldrá seré yo.

-¿Tú? -el rostro de Carrigan mostró su desencanto. Se repuso al instante y prosiguió con vehemencia-: No lo harás, Rivas. Eres el único capaz de gobernar la «Alción» con seguridad hasta llegar a la Tierra. Por todos conceptos me corresponde salir en busca de Kutsner. Así lo prometiste.

-No prometí nada, pequeño -la cordial sonrisa de Rivas desarmó a Carrigan-. Sólo dije que tal vez se hiciera necesaria una salida. Quedarás en la astronave. Es una orden del «comandante» -la sonrisa se acentuó-. He meditado con calma todas las probabilidades, desde un imparcial punto de vista. Y tú eres el que debes quedar. Conoces como yo el manejo de este artefacto; posees profundos conocimientos sobre magnetometría, cosa que puede resultar de decisiva importancia para el regreso, y existe una última e íntima razón. ¿Recuerdas cuando quedé encerrado en la cámara de experimentación, con la temperatura subiendo espantosamente, al fallar el mecanismo electrónico?

-Lo recuerdo -asintió Carrigan con voz sorda.

Aquel recuerdo pareció actuar sobre su impulsivo temperamento como una ducha helada.

-¿Necesitaré explicarte -prosiguió Rivas- que estoy en deuda? ¿Que lo hecho por Kutsner en aquella ocasión para salvarme...?

-No; no es necesario. Lo comprendo. Perdona si antes no pensé en ello.

En aquel momento, la figura de Lina se perfiló en la puerta. Quedó allí, inmóvil, con los ojos enrojecidos. Y su actitud mostraba con toda certeza que había sufrido una aguda crisis nerviosa.

Carrigan la vio, por hallarse de frente a la puerta donde apareció Lina; no así Rivas, que se hallaba de espaldas a ella.

-Así pues -continuó este último-, saldré inmediatamente. No dejaré de enviarte mensajes cada quince minutos. No comunicarás conmigo a no ser absolutamente necesario. Si transcurren seis horas sin que haya regresado y sin que recibas mensaje alguno, partes sin esperar más. ¿Entiendes? Sin esperar ni un segundo más. Informas a la Organización de la situación del satélite, para que actúe según convenga. Y nada de iniciativas temerarias fuera de esta misión ¿Comprendido ?

-Pero... -trató de protestar Carrigan.

-Sin discusión, Carrigan, por favor -atajóle Rivas firmemente-. El tiempo apremia. Te repito que salgas de aquí en el segundo justo en que se cumplan seis horas de mi salida. La señorita Turdini puede prestarte una valiosa ayuda. Ha sufrido una crisis nerviosa, pero tiene valor. Ha resistido admirablemente la terrible impresión de sentirse envuelta en esta aventura. Cuida de ella, Carrigan, se lo merece. Tiene entereza, es inteligente y... muy atractiva -terminó sonriendo.

Carrigan estuvo con la vista fija en Rivas mientras éste le habló. Al oír la última palabra, dirigió la vista al lugar en que se hallaba Lina, pero sólo pudo descubrir una sombra furtiva que se retiraba precipitadamente.

* * *

La pequeña y grotesca figura reflejada en la pantalla fue perdiéndose a lo lejos, dando grandes saltos que le hacían flotar lentamente, hasta que coronó las crestas de rocas cristalizadas por las que anteriormente desapareció Kutsner. Carrigan permaneció atento hasta que la figura dejó de verse. Luego, consultó nerviosamente su cronómetro y anotó en una hoja de papel las horas en que debía recibir los mensajes de Rivas.

Pasóse una mano por el rubio mechón que caía sobre su frente y quedó en actitud meditativa.

-¡Vaya situación! -murmuró, hablando consigo mismo.

Inició una serie de cortos y rápidos pasos por la cabina, sin dejar de observar en la pantalla de babor cada vez que se aproximaba a ella.

Un instante quedó detenido. De repente, dióse una ligera palmada en la frente y se acercó al micrófono. Conectó con la sala interior y habló:

-Lina, venga aquí, se lo ruego.

Tras unos instantes de espera vio llegar a la joven. El rostro era la máscara de la desolación y el arrepentimiento. Algo semejante al que presenta

un pequeño que ha destrozado la vajilla.

-Acerqúese -la invitó Carrigan-. Tome asiento en el sillón de proa. Mientras vigila esa pantalla podemos hablar. Ahora estamos solos. Lo oyó todo ¿no es así?

Lina asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. Con lentos pasos acercóse al sillón y quedó sentada. Carrigan se aplicó a la pantalla de babor.

-Estoy desolada, Vic -dijo Lina, con voz apagada, al cabo de unos momentos-. Ese hombre, con su fría y dura apariencia, me crispaba los nervios. Tal vez resulté cruel...

-No te preocupes -la tuteó Carrigan por primera vez. Lo hizo sencilla y naturalmente, como a un viejo camarada-. Te pasaste de rosca, desde luego. Pero Rivas es admirable, ya te darás cuenta de ello.

-No se había dignado dirigirme la palabra. A todas luces me esquivaba. Adoptaba para conmigo una aborrecible superioridad. Esa absurda superioridad que aún se asignan algunos hombres con respecto a la mujer.

-No olvides que Rivas tiene sangre española. Y algo ancestral lo domina en ese particular. Pero, te repito, es admirable.

-Su actitud para conmigo ha sido humillante, ofensiva -persistió tercamente Lina.

-Vamos, jovencita; seamos francos -dijo Carrigan cordialmente-. En un ataque de nervios, disculpable completamente, le has hablado con excesiva dureza. Estás arrepentida de ello e intentas íntimamente justificarte. Eso es todo. No pienses más en ello; ya pasó.

Siguieron unos minutos de silencio. La tenue vibración de los generadores eléctricos pareció adueñarse de la astronave. Carrigan oía perfectamente el tic-tac de su reloj de pulsera.

La desolada superficie sobre la que se hallaba posada la astronave, pareció recibir de improviso una tenue claridad. Carrigan examinó con detenimiento el espacio reflejado y accionó en el mando del «ojo exterior» ampliando el campo de visión.

-Faltan aún tres minutos -murmuró.

-¿Tres minutos? ¿Para qué?

-Rivas quedó en comunicar cada quince minutos. Olvidé que no te hallabas presente cuando partió.

El transcurso de aquellos ciento ochenta segundos fue el más desesperante y lento que Carrigan recordara en toda su vida.

Al fin, con voz débil y desconocida, llegó a ellos el ansiado mensaje:

-«Sigo el rastro de Kutsner. Camino por una negra extensión cubierta de cenizas, en la que se ven las espaciadas huellas de sus pasos. Vislumbro a lo lejos una serie de masas rocosas con profundas hendiduras. Sigo sin novedad.»

Aún después de pasado un minuto desde que terminó el mensaje, continuaban Carrigan y Lina mirando como hipnotizados el pequeño receptor.

Lentamente, Carrigan pareció salir de aquel extraño pasmo, y volvió su mirada a Lina.

-¿Has oído? -silabeó, como para asegurarse él mismo.

-Sí -afirmó Lina como en un susurro-. Debe ser espantoso...

-¡Lo hallará! -exclamó Carrigan con alegría, en un repentino arranque-. ¡Hallará a Kutsner! Y saldremos de este maldito lugar. ¡Ah, Rivas, eres formidable! -estalló con entusiasmo, como si el otro estuviese presente-. ¡Lo hallará, Lina!

-Dios lo permita -musitó la joven.

La tenue claridad del exterior se intensificó, No se realizaba aquella luminosidad con la suave lentitud de los amaneceres terrestres. Eran ráfagas bruscas y escalonadas de blancas irradiaciones de luz. Algo así como si invisibles centrales de energía lanzaran ráfagas cada vez más intensas.

La visión exterior se hizo más clara y nítida, haciendo innecesarios los reflectores de la astronave. Carrigan giró el conmutador y continuó observando en la pantalla.

Fueron otros quince minutos de mortal ansiedad los que transcurrieron hasta recibir el segundo mensaje.

Lina fue la primera en acudir de un salto al receptor cuando oyó el zumbido peculiar de la comunicación.

Esta vez, la voz de Rivas pareció denunciar un trémolo de inquietud.

-«Carrigan -habló rápidamente-, no ceses un segundo en la vigilancia del exterior. Presiento peligro. He perdido las huellas de Kutsner. Crucé la barrera rocosa y avanzo por un valle de finas cristalizaciones blancas... -la voz se detuvo unos segundos-. ¡Encontré una flecha marcada en el polvo! ¡La ruta de Kutsner! Señala hacia el fin de la llanura. Avanzo... -la voz perdió

intensidad hasta hacerse inaudible, subiendo de tono después- ...distingo el final de la blanca extensión. ¡Masas flotantes! Lo que vio Kutsner... -la voz dejó de oírse.

Cogido al borde del sillón y con las venas amenazando estallar, quedó Carrigan con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el mudo receptor. Lina ahogó un grito que pugnaba por salirle de la garganta.

-¡Habla, Rivas! -gritó Carrigan por el micrófono, con voz ronca- ¡Habla! -repitió desesperadamente.

Pero sólo respondió el leve zumbido indicador de que la sincronización continuaba. De improviso, dejó de oírse.

-¡No puedo resistirlo! -gritó Carrigan como un demente- ¡Igual que Kutsner! ¡Ha enmudecido igual que Kutsner! ¡Esas malditas masas flotantes! ¡Saldré! ¡Saldré en su busca!

Como un tigre en una trampa daba rápidas zancadas llevándose las manos a los enmarañados cabellos, hasta que, en un impulso repentino, dirigióse hacia la puerta.

-¡Vic! -gritó en aquel momento Lina, corriendo hacia él y sujetándole por un brazo-. ¿Dónde vas? Aguarda. No puedes hacer eso -hablaba rápida y excitadamente. Vic se detuvo en la puerta-. Puede que algo le impida comunicar. Esperemos un plazo prudente y si no recibimos noticias, entonces puedes efectuar... -calló repentinamente, llevándose con viveza una mano a la boca como para impedir que salieran las palabras. Sus ojos quedaron abiertos, horrorizados.

Vic volvióse a ella como un jaguar enfurecido. Había perdido el dominio de los nervios ante aquella espantosa situación.

-¡Termina! ¡Termina de hablar! -la animó con voz endurecida-. Estás repitiendo las mismas palabras de Rivas. Las mismas por las que le llamaste despreciable cobarde. ¿Lo comprendes ahora? -alzó la voz dándole un tono altamente amenazador, y Lina, retrocedió sobrecogida-. Él sentía la misma angustia por la suerte de Kutsner que la que ahora sentimos nosotros. Sintió el irrefrenable deseo de salir al instante en su busca, pero consiguió vencer ese impulso. Lo supeditó al éxito de la misión que nos habíamos fijado, y ahora... -quedó abatido tras aquel acceso de cólera.

Lina permanecía como petrificada, mirándole intensamente con los ojos muy abiertos, viéndole indeciso, luchando entre las dudas de su

conciencia y su corazón.

-¡Saldré! -decidió Carrigan bruscamente, tomando decisión definitiva.

Pero esta vez no llegó a la puerta. Quedó como clavado en el sitio, al oír el zumbido que se inició en el receptor. Lina, sin cambiar de postura, giró los ojos en aquella dirección.

-«¡Atención, Carrigan! ¡No salgas! -la voz de Rivas era angustiosa y apremiante. Parecía haber estado presente en la escena desarrollada en la cabina-. ¡Existe peligro mortal! Enfila las armas de las torretas en todas direcciones alrededor de la nave, y gradúa los proyectiles térmicos para que estallen a media milla -hablaba a borbotones, con una extraña precipitación, como si temiera no poder terminar-. ¡Kutsner vive! Comunico con él. No volveré a comunicar contigo por ahora. Nuestros mensajes orientan al enemigo. Me siento vigilado sin poder descubrirlos. Espera una hora más y luego partes. Lina y la nave están a tu custodia. ¡¡No salgas al exterior!!

Bruscamente, la comunicación quedó interrumpida.

Carrigan quedó anonadado. Necesitó algunos segundos para recuperarse

Pero si hubiera vuelto la vista hacia Lina la habría visto turbada y con un rubor, en sus mejillas. Y es que la joven habíase oído nombrar por Rivas con su nombre de pila. Y ello le produjo una íntima y desconocida impresión.

CAPÍTULO IX

Los «sabuesos»

Al terminar Rivas de enviar el mensaje a Carrigan, giró el interruptor de la pequeña emisora acoplada al casco. Reptó con sumo cuidado hasta la entrada de la baja caverna en que se encontraba escondido, y atisbo los alrededores.

Volvió a leer lo que Kutsner dejó escrito en la capa de ceniza que cubría el suelo de la caverna: «Peligro mortal. Mensajes radio orientan enemigo.»

Trató de organizar rápidamente un plan a seguir. Desde que viera flotar aquellas extrañas masas informes, que instintivamente le hicieron cobijarse allí recordando que Kutsner dejó de transmitir al divisarlas, había permanecido agazapado en aquel improvisado refugio.

Más tarde intentó espiar el exterior y fue cuando descubrió lo escrito por Kutsner, que tal vez sospechó saliesen en su búsqueda. Continuó luego explorando la caverna y llegó a la convicción de que Kutsner también había hecho lo propio.

Aquella caverna era una grieta natural producida en la base de las crestas dentadas. Rivas no se detuvo a examinar la naturaleza geológica de aquel terreno. Le urgía hallar a Kutsner y evitar el desconocido peligro de que éste le advirtiera.

Con todos los sentidos alerta, Rivas empuñó el arma de que iba provisto. Llevaba colocado sobre los ojos, y en el interior del casco, los lentes espectroscópicos cuya gama de color podía accionar desde el exterior, cosa que hizo colocándolos en visión normal. Oprimió el resorte de la culata del arma, y el tubo telemétrico mostró en su interior el color rojo. El arma estaba en condiciones para disparar.

Como la superficie del valle estaba cubierta por una gruesa capa de blanda ceniza, Rivas, sin temor de sufrir desgarraduras en el traje de superficie, inició un avance arrastrándose.

Nuevamente, vio llegar el grupo de masas flotantes. Unas veces presentaban aspecto redondeado, y otras se alargaban inexplicablemente, adoptando las caprichosas formas de un grupo de nubes.

Algunas flotaban a menor altura, llegando incluso a rozar la ceniza. Eran como nubecillas levísimas, pero Rivas podía «ver perfectamente a través

de ellas»; incoloras y transparentes, acusaban su presencia, sin embargo, por una manera de halo ligeramente luminoso; algo semejante a una nubecilla formada por mica finísimamente pulverizada. Más que masas, podrían muy bien denominarse aglomeraciones microscópicas de partículas luminosas.

Volviéndose suavemente, quedó Rivas tendido boca arriba, atento al paso de aquel raro fenómeno y con la pistola presta a ser utilizada.

Algo indescriptible le advertía que «aquello» no era resultado de un fenómeno natural. Que seguía un plan, como si se tratara de seres con inteligencia.

Primero, habían contorneado el valle por el lado derecho, ciñéndose a las rocas, como acariciándolas; luego, habían regresado, igual que si husmearan en el suelo. Y. de pronto, cuando inició Rivas la última comunicación con la astronave, habían quedado detenidas, ejecutando leves movimientos oscilantes, que a Rivas recordaron un grupo de lebreles venteando la caza, para, repentinamente, iniciar un veloz vuelo, todos en la misma dirección, esfumándose instantáneamente.

Con un estremecimiento, comprobó que siguieron a la inversa el camino recorrido por él y que conducía a la astronave. ¿Seguiría Carrigan su consejo de no salir al exterior? ¿0 sería tan loco como para...? Y, luego, estaba Lina Turdini, aquella muchacha que tanto le turbara desde el primer momento en que la viera. Evocó su bello e inteligente rostro, y aquella encantadora mirada de sus ojos oscuros, que sólo mostraron dureza para él. Claro, que se lo tenía bien merecido; él quiso ocultar la turbación que le embargaba ante ella, cubriéndose con una máscara de frialdad e indiferencia. Además, ella le llamó cobarde...

Intentó desechar del pensamiento aquella imagen y lo consiguió a medias.

Aquellas agrupaciones de partículas habían regresado lentamente, y ahora cruzaban sobre él perdiendo altura ¡y tomando la dirección de la caverna que antes ocupara!

Algo inexplicable las orientaba. De ello no le quedó duda al seguir con la vista la marcha de aquellos cuerpos desconocidos. Bien por su propio impulso o guiadas por otros seres lejanos y ocultos, las sutiles masas ejecutaban movimientos que obedecían a un plan inteligente. Seguramente estaban dirigidos por los seres que ocupaban la plataforma que antes vieran

desde la astronave. Eran sabuesos que buscaban una presa. ¡Y la presa era él!

Rivas enderezóse lentamente y quedó sentado. Trató de incorporarse para iniciar una rápida huida en busca de un refugio en las rocas. En aquel momento, los extraños cuerpos dieron una veloz vuelta y cruzaron ante él.

Creyéndose descubierto, Rivas dejó a un lado toda prudencia, y, en largas zancadas, dirigióse a la base rocosa.

Penetró por una estrecha rendija, aún a trueque de romperse el casco, y quedó allí escondido.

Una súbita idea acudió a su mente. Para llegar hasta allí había tenido que atravesar un buen espacio de terreno llano. Los «sabuesos» no le habían descubierto, cosa totalmente imposible si hubieran estado dotados de pupilas o de algún otro órgano o mecanismo capaz de suplirla.

Recordó el mensaje dejado por Kutsner. Tenía un claro significado. «Mensajes radio orientan enemigo». Eso debía ser. Sólo las ondas eléctricas podían servirle de orientación. Sólo así podía explicarse...

Salió del escondite. Avanzó cautamente, pegado a las rocas, con el arma empuñada y la mirada atenta a cualquier movimiento peligroso del grupo de «sabuesos».

Estos continuaban flotando a baja altura y recorriendo el valle con todo detenimiento. Buscaban; buscaban algo que «sabían» se encontraba allí.

Rivas comenzó a concebir la firme esperanza de que Kutsner se hallara oculto en algún lugar del valle, probablemente atisbando al «enemigo». Por un instante pensó en lanzar un corto mensaje avisándole de su presencia, pero aquel mensaje podría significar el fin. Además, Kutsner tendría cortada la comunicación.

Consultó el reloj a través de la materia transparente. Cuarenta minutos. Sólo disponía de este tiempo para hallar a Kutsner y regresar a la astronave. No era mucho, en verdad.

Arriesgándose a ser descubierto, continuó desesperadamente intentando hallar otras huellas de su compañero.

Varias veces cruzaron sobre él los «sabuesos» sin descubrirle. Llegó a no prestarles tanta atención. Mientras no emitiera ondas que le denunciaran, sabía que no le descubrirían.

Junto a un grupo de rocas vio de nuevo las huellas de Kutsner. Pero aquellas eran terriblemente significativas.

En un espacio circular veíase la ceniza removida, como si aquel lugar hubiese sido escenario de una lucha; el arma de Kutsner aparecía semienterrada. Rivas la recogió con el corazón oprimido por funestos presentimientos.

Un lugar, empero, aparecía como allanado adrede. Y así era en efecto. Rivas aproximóse y pudo leer los trazos allí marcados:

«Masas me envuelven. Prisionero. Temo ser eli...»

Nada más. En aquella palabra incompleta terminaba lo escrito. ¡Kutsner había sido eliminado!

Algo indescriptible atenazó mortalmente la garganta de Rivas. Sus ojos se humedecieron invenciblemente. Con un gran esfuerzo fue retirándose de aquel lugar y sus ojos buscaron al grupo de «sabuesos» que continuaban la búsqueda.

Una oleada de rabia le invadió. Apuntó con la pistola hacia allí, dispuesto a disparar sin tregua, aniquiladoramente, contra el grupo. Pero reflexionó un segundo. ¿Para qué? ¿Qué conseguiría? «Aquello» no suponía nada. Era dirigido por «alguien» oculto a quien podía considerarse el verdadero autor de lo ocurrido a Kutsner.

Apretó las mandíbulas con decisión y colgóse las armas. Un movimiento en el resorte de las botas le dejó en disposición de trasladarse a la astronave en pocos minutos. La plataforma enemiga, lugar de donde seguramente partían las «órdenes», sabría muy pronto el grado de aprecio en que tenían a Kutsner sus dos compañeros.

-¡Por cien rayos! No quedaría de ella ni una partícula sin desintegrar.

CAPÍTULO X

El enemigo invisible

Después de caminar durante unos minutos, si podía llamarse caminar a aquel casi continuo hallarse suspendido, Rivas coronó las crestas cristalizadas.

Una sensación de alivio le invadió al distinguir la «Alción» en el mismo lugar en que la dejara. Nada parecía indicar que hubiese ocurrido novedad alguna en aquellos contornos.

Cada impulso de Rivas le hacía avanzar varias yardas. Y cuando llegó a una especie de anfiteatro formado por pequeñas rocas, tomóse un brevísimo descanso. Pensó que aquel lugar quedaba dentro del radio de visión de la astronave. Por tanto, Carrigan ya le habría visto.

Agitó vivamente los brazos y continuó la marcha. Cuando se hallaba a una mediana distancia del lugar en que estaba posada la astronave, ocurrió algo impresionante y sobrecogedor.

Una estela rojiza, con velocidad meteórica, pasó a regular altura sobre él, yendo a esfumarse instantáneamente en su lugar, inmóvil y como suspendida en el espacio, una de las pequeñas naves aéreas que antes viera junto a la plataforma enemiga.

Quedó situada entre la «Alción» y Rivas, como interceptándole el paso, pero sin iniciar ninguna maniobra.

Rivas comprendió que resultaría inútil ocultarse. Los desconocidos viajeros ya le habrían descubierto, así como a la astronave. Una nube sangrienta oscureció su vista, al recordar la desaparición de su amigo Kutsner. Guiado por un ansia homicida que se apoderó de él irresistiblemente, empuñó el revólver de proyectiles desintegrantes y se acercó decididamente al recién llegado artefacto.

Quedó a una distancia de él como para no desaprovechar ni uno sólo de los disparos. ¡Al diablo la precaución! Quedaría allí, pulverizado tal vez y confundido con la ceniza del planetoide, pero aquellos seres que eliminaron a Kutsner, fuesen quienes fuesen, sabrían de los duros de pelar que eran los terrícolas.

Recordó repentinamente a Carrigan y a Lina, anhelantes frente a la pantalla, e indecisos ante lo que deberían hacer. Tenía que avisarles.

En aquel momento, la astronave enemiga comenzó a descender

suavemente, hasta quedar apoyada en el suelo rocoso. Su aplastada cúpula superior era de una materia brillante y roja, seguramente transparente como el cristal. Rivas no pudo distinguir el interior, pero sentíase observado por los invisibles pilotos.

Rodeando con precaución aquel artefacto, Rivas se dispuso a lanzar el último mensaje.

Estableció la comunicación y percibió el leve zumbido característico de que la astronave tenía establecido contacto.

Instintivamente miró hacia arriba. Allí estaba el grupo de «sabuesos», oscilando lentamente y acercándose al raro objeto, como esperando la señal para lanzarse sobre él. Pero no lo hacían.

Si algún hombre hubiere llegado a tener certeza inminente de su fin, este hombre fue Rivas. Presentía que estaba viviendo los segundos fatales anteriores a que la vida dejase de animarle. Pero no sintió desmayo alguno. Y ello le sorprendió. ¡Iba a morir! Hubiese podido iniciar una desesperada huida hacia la «Alción», y tal vez... Pero, ni se detuvo a pensarlo.

Habló precipitada pero claramente:

-¡Carrigan! ¡Apunta las «flautas» a todo este espacio! ¡Pon en marcha los reactores y sal de aquí! ¡Peligro mortal! ¡Dispara al menor movimiento!

Rivas sabía que un solo proyectil de la astronave abriría en el terreno un cráter mortal, desintegrándolo todo, incluso a él. Mas respiró con tranquilidad cuando vio las «flautas» de las torretas girar rápidamente y apuntar hacia el lugar en que se hallaban él y el extraño aparato.

Las «flautas» -como las llamaban humorísticamente los tres amigos- eran las series de seis pequeños cañones atómicos unidos de que iban dotadas cada una de las torretas de la «Alción».

Hasta Rivas llegó la excitada voz da Carrigan. Hablaba atropelladamente:

-«¡Rivas! ¡Gracias a Dios! ¡Acércate a nuestra nave! ¡Salta a la cámara! ¡Voy a disparar! ¡Los reactores están en marcha!»

La compuerta de la cámara exterior de seguridad quedó abierta. Rivas calculó velozmente la distancia que le separaba de ella. Sólo dos o tres saltos. Pero sería cazado fácilmente. Sin embargo, fue a intentarlo.

Algo inesperado, maravillosamente inesperado, le dejó inmóvil, como galvanizado.

Hasta él llegó el mensaje de Kutsner. Una voz ronca, extraña, indescriptible, pero de Kutsner al fin. ¡Vivía! Carrigan le estaría oyendo también.

-«¡No lo hagas, Carrigan! -advertía la voz del compañero que Rivas creía muerto-. ¡Son amigos! ¡Esperad!»

Siguió un instante de profunda emoción. Algo se movió en el artefacto que Rivas no dejaba de observar. Tras lo cual, de una manera prevista, quedó abierta una abertura elíptica por la que apareció una figura cubierta con el traje de superficie. Rivas le identificó inmediatamente.

Kutsner avanzó hasta quedar a unos pasos de Rivas. Alzó un brazo y señaló hacia la «Alción».

-«Rivas, amigo. Vamos allá» -dijo por el micrófono, interior, y su voz resonó cavernosa en el interior del casco de Rivas.

¿Por qué se estremeció éste al oírlo? ¿Qué extraña y escalofriante impresión de ausencia, de lejanía, descubrió en la voz de su amigo? Fue algo así como la impresión que debe producir una voz llegada de ultratumba. De un ser humano que hubiera conocido los secretos de más allá de la muerte.

Venciendo aquella penosa impresión, Rivas señaló la abierta compuerta de la «Alción».

Hasta que se halló en la cámara de seguridad, con la compuerta exterior cerrada, Rivas no concibió muchas esperanzas de salir con vida de aquella aventura.

Mientras tanto, la extraña astronave así como los «sabuesos» habían permanecido en los mismos lugares, sin intenciones de actuar.

La puerta interior de la cámara fue abierta violentamente, y un Carrigan, con el rostro reflejando mortal ansiedad, recibió a los recién llegados. Acababa de despojarse del casco, y su extremada palidez hablaba de la terrible tensión nerviosa sufrida en aquellas horas de desesperanzada espera.

Junto a la pantalla de babor, Rivas distinguió a Lina, que los miraba con una extraña ansiedad en la mirada. No reparó en que la joven estaba cubierta por el traje de superficie, excepto el casco y los guantes.

Una vez vióse Rivas libre del traje espacial, apremió a Carrigan:

-¡Pronto! ¡Atendamos a Kutsner!

Este había quedado apoyado en uno de los ángulos de la cabina, sin

hacer movimiento alguno.

Ayudado por Carrigan, Rivas le fue despojando del traje de superficie. Lo hacían precipitadamente, sin fijarse apenas, temiendo que le hubiese ocurrido algo a su compañero.

Un ahogado grito de Lina, les hizo a ambos volverse hacia ella. Y entonces vieron la horrorizada mirada de ella fija en el rostro de Kutsner, a quien antes no miraron.

Fue un simultáneo horror el que los paralizó, mientras un escalofrío les recoma los huesos.

-¡Cielos! ¡Lo han destrozado! -pudo, al fin, balbucear Carrigan.

Rivas no pronunció palabra. Su mirada continuó clavada con terrible fijeza en el rostro del amigo. Este murmuraba sorda y monótonamente, como si su pensamiento se hallara lejos de allí:

-Son amigos... Son amigos...

El rostro de Kutsner aparecía bárbaramente mutilado. Parte de la epidermis y de la dermis había sido desprendida, dejando al descubierto los músculos faciales. El labio inferior había desaparecido, mostrando los dientes al descubierto en una horrible expresión. La oreja derecha, cortada y perforada en distintos lugares, aparecía materialmente destrozada. La sangre seca embadurnaba el rostro, y en él, terribles, estremecedores, dos ojos despojados de párpados, de pupilas intensamente amarillas, giraban lentamente por la cabina en una pasmosa mirada de ciego que súbitamente recupera la vista.

La cólera de Rivas estalló como una furiosa tempestad.

-¡Malditos! - rugió-. ¡Lo han torturado! ¡Malditos mil veces!

Abalanzóse al cuadro de los resortes que accionaban electrónicamente los cañones.

Y entonces ocurrió algo inesperado. Kutsner salió de su actitud de pasmo al oírlo, y, al darse cuenta de las intenciones de Rivas, con un salto de tigre lanzóse sobre éste, rodando ambos por la plancha de la cabina.

-¡No! -hablaba roncamente, intentando inmovilizar a Rivas-. ¡Son amigos! ¡No dispararás!

Fue tan repentino el ataque, que Carrigan quedó unos segundos sorprendido sin saber qué hacer. Rivas debatíase furiosamente, procurando no hacer daño en el destrozado rostro de Kutsner. Más éste era fuerte,

extraordinariamente fuerte y ágil, y parecía animado por una decisión invencible.

-¡Está loco, Carrigan! -gritó Rivas mientras luchaba-. ¡Ayúdame a dominarlo!

Carrigan intentó acercarse y fue despedido violentamente por un manotazo de Kutsner, golpeándose la cabeza contra un testero y quedando medio aturdido.

Rivas consiguió hacer presa en uno de los brazos de su contrincante y se lo dobló sobre la espalda en una dolorosa torsión. Kutsner gimió sordamente, pero continuó la lucha denodadamente. Doblándose sobre él y apoyándole el peso de su cuerpo, Rivas lo inmovilizó con gran esfuerzo.

Sin volverse, ordenó jadeante:

-¡Dispare, Lina!

Carrigan se incorporó entretanto. Apoyándose una mano en la cabeza, sobre el lugar en que recibió el golpe, acercóse tambaleante a los luchadores para prestar ayuda a Rivas.

-¡No es necesario! -gritó éste rápidamente-. ¡Pronto! ¡Salgamos de este infierno!

Carrigan saltó hacia los mandos de proa que gobernaban a la «Alción».

Una sorda sacudida estremeció a la nave. Lina había obedecido a Rivas, disparando los cañones.

La pantalla reflejó el efecto causado. En el lugar en que antes estuviera la astronave enemiga, sólo quedó un espantoso cráter del que brotaba un halo fosfórico.

Un sordo estruendo, mezclado a la vibración de la «Alción» al despegar del planetoide, llegó hasta ellos.

Los esfuerzos de Kutsner cesaron al darse cuenta de lo ocurrido, y acabó desplomándose totalmente, lanzando roncos gemidos.

Rivas se incorporó al notar que cesaba la resistencia de Kutsner, y acudió a la pantalla de babor, observándola ansiosamente junto a Lina.

Maniobró en el resorte del «ojo exterior», intentando situar en la pantalla la forma del planetoide abandonado. Más no pudo hallarlo. En su lugar, sólo pudo descubrir miradas de pequeños fragmentos envueltos en una especie de niebla, formada de pequeñas partículas luminiscentes, y que

parecía querer ocultar a los ojos de los terrícolas la terrible destrucción del planetoide. Aquel cuerpo espacial habíase desmenuzado ante los disparos de la «Alción».

Rivas quedó unos segundos pensativo observando los restos de la catástrofe. Y entonces pareció darse cuenta de la presencia de Lina junto a él. La joven contemplaba también en silencio la pantalla.

-Lo hizo muy bien..., Lina -murmuró Rivas en voz baja y sin mirarla. Luego, volviéndose de frente a ella, fijó su mirada en aquellos oscuros ojos que le turbaban tan extrañamente-. ¿Quiere que seamos amigos? -preguntó, sonriente, tendiendo la diestra.

Lina le miró intensamente. Sus ojos tuvieron un hermoso brillo de felicidad. Pero su rostro enrojeció y su voz sonó trémulamente:

-¿Por qué no? -dijo estrechando la mano que le tendía y, recuperándose de aquella rápida turbación, continuó, con una sonrisa encantadora-: En esta terrible situación todos perdimos un poco la cabeza...

Con la mano de ella prendida en la suya, Rivas contempló extasiado el lindo rostro. Era, en verdad, hermosa y decidida aquella chica. Ella; al terminar de hablar, dióse cuenta de aquella muda admiración y retiró la vista del rostro de él, pero su menuda mano transmitió a Rivas un imperceptible estremecimiento.

Entonces, él, atrayéndola suavemente, murmuróle cerca del rostro:

-Te quiero, Lina.

La muchacha pareció resistirse un segundo, hasta que, como atraída por una fuerza irresistible, quedó frente a él. Los rostros quedaron tan juntos, que ambos percibían la mutua y anhelante respiración.

Al fin, Lina, con una dulce mirada en sus húmedos ojos, musitó imperceptiblemente:

-¡Carlos! ¡Cariño!

Y allí, en la cabina de la «Alción» en pleno vuelo, a miles de millas de la Tierra, con un fondo de instrumentos científicos, y con Kutsner malherido gimiendo aún y Carrigan atento a los mandos, en aquellas desconcertantes circunstancias, los dos jóvenes unieron sus labios en un apasionado beso.

El amor, como alguien dijo, no conoce el miedo ni la distancia.

Rivas fue el primero en salir de aquel maravilloso abandono.

-Necesitamos terminar con esta misión, Lina. Volveremos a la Tierra, pero antes hemos de intentar destruir el peligro. Tengamos confianza en ello. Ayuda a Kutsner a llegar hasta la sala y atiéndelo. Ha debido sufrir terriblemente.

Lina desprendióse de los brazos de él y acercóse al tendido Kutsner. Rivas vio que ella llevaba colocado el traje de superficie.

-¿Por qué...? -empezó a decir, señalándolo.

Pero ella le atajó llevándose un dedo a los labios.

-Ya lo sabrás -le dijo, sonriendo-. Ahora debemos actuar.

Rivas acercóse al puesto de proa. Carrigan no parecía haberse apercibido de nada de lo que ocurrió a sus espaldas.

-La plataforma enemiga se encuentra a babor. He dado un rodeo esperando tu opinión -informó-. Las naves enemigas están agrupadas en la plataforma. Habrán tenido noticias de lo ocurrido.

-Déjame los mandos y atiende las otras pantallas.

Una vez sentado, Rivas preguntó a Carrigan:

-¿Por qué tiene colocado Lina el traje de superficie?

Carrigan no respondió de momento y Rivas hubo de repetir la pregunta.

-Pues... -respondió al fin, titubeando-. Todavía no acierto a explicármelo. Ella parecía no estar en muy buena armonía contigo. Sin embargo...

-¿Qué? -indagó Rivas con interés.

-Verás -Carrigan carraspeó-. Cuando entraste en el campo visual de la «Alción», Lina lloró de alegría, cosa natural, porque yo..., bueno, te creíamos perdido igual que Kutsner. Luego, al llegar aquel aparato y temer que te cortase el paso, decidí salir en tu ayuda. Ella se opuso como una gata furiosa, y me recordó tus órdenes. A pesar de ello, dijo que ella saldría, por si podía ayudarte... ¡Je! ¡Je! Dijo que estaba en deuda contigo.

Quedó callado un momento, sonriendo silenciosamente, y prosiguió:

-Esa chica es inteligente. Tan inteligente, que trata de ocultar lo que salta a la vista.

-¿Qué es ello?

-Que está enamorada de ti. Desde el primer momento.

Tras una corta pausa, terminó, humorísticamente:

-No sé por qué los «tipos duros» conquistan a las damas... Ellas sabrán.

* * *

La plataforma enemiga semejaba una inmensa pupila del espacio que estuviese vigilando el vuelo de la «Alción». Así lo imaginaba Rivas mientras enfilaba la proa hacia el lejano punto luminoso.

Tanto él como Carrigan cubrían sus cabezas con los voluminosos cascos provistos de lentes espectroscópicos para vuelos siderales.

-Distancia de tiro. Cincuenta millas -habló con voz seca, impersonal. Era en aquel momento el comandante de una astronave terrestre dispuesta a destruir un objetivo importante y peligroso.

-Cincuenta -repitió la voz de Carrigan.

-Quince grados de angulación por babor y estribor.

-Quince.

-Primera andanada a cincuenta. Segunda a veinticinco. Sin rectificar.

-Dispuesto.

Pasmosamente, la plataforma enemiga parecía acercarse por momentos. Ya podían distinguirse sobre ella las formas de las pequeñas astronaves, agrupadas en la superficie.

Ni el más ligero rastro de actividad podía observarse en ella. Sólo la luz verde que la circunvalaba.

De improviso, brotaron cuatro haces de luz azulada que fueron a convergir bajo la proa de la «Alción». Un estruendo como de planchas metálicas destrozadas hizo estremecerse a la astronave. Un círculo de regular tamaño en la plancha exterior adquirió el rojo vivo.

Con un furioso giro en los mandos, Rivas desvió la dirección. La línea luminosa que marcaba el rumbo comenzó a ondular violentamente, señalando la alocada esquiva que le imprimió Rivas, alejándose de aquel rayo mortal.

-¡Cuidado! ¡Esos rayos atraviesan las ondas de envoltura! -gritó Carrigan, estupefacto.

-¡Atención! -advirtió Rivas-. ¡Presto a disparar! ¡Vuelvo al objetivo!

La siniestra flecha formada por la unión de las cuatro líneas luminosas, horadaba el espacio buscando el blanco que se le escabullía.

En la pantalla de proa viose claramente la plataforma. Una fracción de segundo era suficiente para fijar el objetivo en el cuadro electrónico de los

disparos, pero también para que el haz de rayos luminosos enemigos abriese una brecha fatal en la «Alción».

-¡Fuego!-ordenó Rivas.

Carrigan, de un seco golpe con ambas manos, oprimió los resortes.

-¡Fuego! -volvió a gritar Rivas al instante.

Nuevamente, Carrigan oprimió las hileras de botones que accionaban los disparadores electrónicos.

El efecto fue escalofriante. Aún después de haber desviado el rumbo de la «Alción», que cruzó como un cometa por encima de la plataforma, le dio tiempo a Rivas de presenciar en la pantalla, junto a Carrigan, la espantosa eficacia del ataque.

La primera andanada había desintegrado parte del anillo exterior, que quedó fraccionado y girando alocadamente. La segunda serie de impactos, acabó con el resto. El cuerpo central de aquel cuerpo celeste artificial, alcanzado de lleno por uno o varios proyectiles, abrióse en una inmensa llamarada blanca, como un gigantesco incendio de magnesio.

Segundos después, la insondable oscuridad cósmica quedó dueña absoluta del lugar que antes ocupara la plataforma.

Hasta entonces, los dos amigos habían permanecido expectantes. Cuando el polvo flotante residual quedó absorbido por la negrura espacial, Rivas miró a Carrigan. Parecía estar despertando de un sueño en que hubiese vivido una horrible pesadilla.

-Buen golpe -dijo, golpeándole en la espalda.

-Sí. No ha salido mal. Lástima que Kutsner no lo presenciara.

La sombra del amigo herido pareció flotar unos instantes en la cabina. Sacudiéndose aquella tristeza, Rivas habló:

-Curará. Esperemos que sane. Y ahora, ¿qué te parece si intentamos volver a nuestra vieja esfera?

-Nuestra vieja esfera... -repitió Carrigan, arrobado-. Me parece que nunca hemos estado en ella. ¿Qué esperamos?

Cambió de tono bruscamente. Ahora era el mismo Carrigan jovial y risueño de siempre:

-Nos espera un Consejo de Guerra y quién sabe qué otras cosas más; pero... ¡vamos al hogar! ¡Hurra por la Tierra!

Con una sonrisa, Rivas volvió a su puesto. Maniobró en los mandos y

fijó el rumbo electrónicamente.

Cuando ambos amigos iban en dirección a la sala donde se hallaban Lina y Kutsner, la pantalla de proa reflejaba un puntito lejano y brillante.

Era pequeño, de extraordinaria pequeñez, casi insignificante; una estrella más en el infinito, diría un profano. Pero su situación en la Vía Láctea y aquel suave brillo azulado que irradiaba, habían indicado a Rivas que allí se encontraba la Tierra. En aquel punto perdido, tan pequeño... hallábase la esperanza y la meta de aquellos seres perdidos en los abismos espaciales.

CAPÍTULO XI

Brumas de locura

La llegada de la astronave «Alción» a la base de Arizona, constituyó un acontecimiento que conmovió al Mundo, aún más que el terrorífico ataque del desconocido enemigo cósmico.

Había llegado, custodiada por cohetes pilotados, desde la atmósfera superior terráquea. Previamente, la plataforma B anunció su llegada, y un equipo de ambulancia hallábase dispuesto para atender a uno de los pilotos, que, según noticias, venía gravemente herido.

Míster Crabb, al frente de un grupo de científicos, esperó personalmente a que la astronave pilotada por los audaces fugitivos quedara posada en la pista, rodeada por fuerzas militares terrestres.

Cuando fue abierta la compuerta y apareció la figura de Rivas, el rostro de míster Crabb endurecióse con un gesto ausente de cordialidad

Rivas salió al exterior, y tras él, Carrigan. Ambos transportaban el exánime cuerpo de Kutsner, que fue depositado en la camilla preparada al efecto y trasladado posteriormente al coche de la ambulancia.

Al distinguir a Lina Turdini, cambió la actitud de míster Crabb. Avanzó con rápidos pasos hacia la joven, y, cogiéndola por los brazos afectuosamente, le preguntó con solícito interés:

-¡Lina! ¡Oh, pequeña! ¿No has sufrido daño?

-No, míster Crabb; en absoluto. Ha sido una magnífica experiencia -contestó Lina con entusiasmo-. Esos tres hombres...

-¡Ya! -míster Crabb la interrumpió.

Girando hacia donde se hallaban Rivas y Carrigan, encaróse con ellos. Su voz tuvo una fría inflexión al decir:

-Darán cuenta de su incalificable conducta. Serán juzgados sumariamente.

Los dos amigos no replicaron. Aquello era lo menos que esperaban a su recepción.

-Pero... -intervino Lina-. ¡Se han conducido como héroes! ¡Han expuesto sus vidas!

-Eso lo decidirá el tribunal militar.

Un grupo de soldados, mandados por un oficial, se hizo cargo de la custodia de los dos hombres, para conducirlos al edificio de la Organización.

Antes de que partieran, Lina se acercó impulsivamente a Rivas. Asiéndose a su brazo, le animó:

-Ten confianza, Carlos. Sabrán reconocer vuestra magnífica intención.

Rivas le sonrió con tranquilidad. Dándole ligeros golpecitos cariñosos en una de las manos, le dijo:

-Claro que sí. Lina. Sabrán comprenderlo. Carrigan y yo así lo esperamos. ¿Qué dices, pequeñajo?

Carrigan se animó. Hasta entonces pareció estar preocupado. Con una amplia sonrisa, respondió:

-¡Cómo no! Y si no lo quieren comprender, nos fugamos de nuevo, haciéndonos piratas del espacio. ¡Je! ¡Je!

-Cuenta conmigo para eso, Vic -replicó Lina con un pícaro guiño-. Y tú, querido -agregó en voz baja y dulcemente acariciadora-, ten confianza. Estaré junto a ti.

-Adiós, Lina. Hasta la vista.

-Suerte, Carlos.

El grupo de soldados emprendió la marcha, llevando entre ellos a los dos detenidos.

Míster Crabb no había perdido sílaba de la conversación sostenida por Lina con ellos.

Todavía cuando llegó a su despacho, llevando a la joven del brazo, iba murmurando apagadamente, con aire desconcertado:

-Incomprensible. Carlos... Le ha llamado Carlos... ¡Hum!

Y lanzó a Lina una rápida mirada de soslayo. Sus ojos, al hacerlo, perdieron la anterior dureza, y una sonrisa de comprensión asomó a sus labios.

* * *

Los focos epidémicos originados por la invisible y desconocida sustancia desprendida de los cuerpos espaciales, habíanse podido reducir durante el tiempo en que la «Alción» hallábase corriendo la extraordinaria aventura. Primero fueron frenados suministrando enérgicos choques vitamínicos a los individuos atacados; después, fueron reduciéndose mediante dosis sabia y periódicamente administradas, con las que se obtuvieron esperanzadores resultados.

Y lo más asombroso de todo ello, es que el Sol, los baños solares, producían asombrosas mejorías. Los enfermos fueron tratados en regiones

templadas y sanaban rápida y satisfactoriamente.

La Organización había colaborado efizcamente en todo ello, obteniendo un éxito resonante. Los extraños y pequeños objetos que servían de recipientes a las bobinas metálicas, examináronse escrupulosamente, llegando en uno de ellos a extraerse la cinta dorada metálica en perfecto estado. Pero ni los más expertos técnicos en claves pudieron descifrar los raros signos marcados en ella y que tenían toda la apariencia del gráfico de un cardiograma. Algo semejante a si hubieran sido grabadas en ellas las palpitaciones de un corazón, de un centro nervioso, o tal vez de algún sonido irregular. Quedó en el enigma, con la inquietante sensación de hallarse ante algo sobrenatural.

Como, por otra parte, los ataques del enemigo desconocido habían cesado, la Organización continuó sus experimentos, encaminados al dominio del espacio.

Tan sólo ensombrecía esta calma la huida de la astronave «Alción» y lo que hubiera sido de ella y de quienes la ocupaban. Pero también aquello parecía haberse resuelto.

Por lo menos, así lo creyeron todos.

* * *

Dos días después celebrábase el Consejo Sumarísimo contra Rivas y Carrigan, acusados de los delitos de traición, deserción, desobediencia a las órdenes del mando e imprudencia temeraria utilizando elementos confiados a la Organización para avances científicos.

Fueron tres duras jornadas tanto para los encartados como para los componentes del Tribunal, entre los que figuraban míster Crabb y el profesor Yeniev.

La decidida intervención de Lina Turdini, considerada testigo de excepción, aclaró y confirmó algunos puntos confusos del proceso.

La declaración prestada por Rivas y confirmada por Carrigan, indicaba que el móvil que les impulsó a la huida no fue otro que el deseo de atajar el peligro, atacando el punto de donde partían los ataques; fin que creían haber conseguido plenamente al destruir la plataforma enemiga.

Al inquirir el Tribunal detalles sobre la plataforma -salvando el escepticismo con que fue recibida esta información-, los acusados viéronse imposibilitados de dar detalles técnicos sobre ella. Sólo afirmaron que quedó

destruida tras el fulminante ataque de la «Alción»; en cuanto a los seres que posiblemente pudieran ocuparla, era cosa que quedaba en el misterio.

Las deliberaciones del Tribunal fueron largas y acaloradas. Al fin, fueron retiradas las acusaciones de traición, deserción y desobediencia a las órdenes del mando, cargo este último que el abogado defensor impugnó desde el primer momento, por no existir orden verbal ni escrita del mando, prohibiendo a los pilotos pilotar astronaves sin orden expresa.

Quedó, pues, solamente, la acusación sobre utilización temeraria de elementos confiados a la Organización. Míster Crabb, ante la sorpresa de todos, defendió a los acusados alegando que la finalidad de la huida y los resultados obtenidos superaban en mucho al valor material de lo expuesto, y que el poner en juego sus vidas, como lo demostraba el grave estado en que llegó el piloto Kutsner, debía tenerse en cuenta a la hora de enjuiciar, como atenuantes a la reprobable acción. Sin embargo, insistió en que, independientemente del fallo que se adoptara, los tres hombres serían separados de la Organización y devueltos a sus países de procedencia.

Pero aún quedaba alguien por declarar. Kutsner se encontraba recluido en un sanatorio para enfermos mentales, con claros síntomas de haber perdido la razón. Hasta tanto quedara plenamente demostrada su demencia, Rivas y Carrigan quedarían en una libertad vigilada.

Al emitir el Tribunal este fallo, Lina Turdini, en un arrebato, colgóse del cuello del rígido míster Crabb, besándole en la mejilla.

-Gracias, míster Crabb -le agradeció-. Gracias por su valiosa ayuda.

-Quieta, pequeña -aconsejóle éste, intentando suavemente desasirse-. La ayuda más valiosa para ellos ha sido tu declaración. Y ahora, vuela a los brazos de tu padre que espera en mi despacho. Está deshecho.

-¿Puedo hacerlo con Carlos y con Carrigan?

-¿Carlos? ¿Te refieres al señor Rivas? -indagó míster Crabb fingiendo despiste.

-Sí -afirmó Lina, ruborizándose-. Creo que tiene algo de qué hablar con papá.

-No quisiera perdérmelo. No sé si estarás informada de que los tres amiguitos dejaron a tu padre atado como un fardo, antes de salir en la astronave.

-¡Oh! -exclamó Lina, ahogando una sonrisa.

-Adelante, pues. Avísales y vamos en el mismo coche.

Y míster Crabb, dirigióse a la salida, moviendo la cabeza en muda complacencia.

* * *

Los signos de locura presentados por Kutsner, coincidían en un todo con los que mostraron los hombres cegados al mirar los aerolitos instantes después de que cayeran. Estos hombres habían quedado ciegos en las primeras horas, mas, días después, fueron recuperando la vista, presentando en cambio sus pupilas un extraño color amarillo.

A partir de entonces, daban estremecedores gritos de horror, hablaban incoherentemente de seres que les rodeaban, y giraban la vista, asombrados, como temiendo algo de un enemigo desconocido. Quedaron recluidos y en observación, Tan sólo el ingeniero japonés Kiro Nayosi hablaba más comprensiblemente. Pero eran sus frases rápidas y cortadas, como quien tuviese que ir explicando un maravilloso espectáculo que le apasionara y temiera perder algún detalle. Mencionaba colores desconocidos e indescriptibles, y sonidos que «veía» avanzar y entremezclarse; entonces quedaba extático, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si le fuera dado mirar por una invisible ventana que diera vista a los insondables misterios del infinito.

De la misma manera, pero más inquietantemente tranquilo, hallábase Kutsner. A veces, dejando el amplio ventanal que daba al parque que rodeaba al sanatorio, escribía rápida y febrilmente en una pequeña agenda que después guardaba.

Sus labios no cesaban de musitar palabras inaudibles, pese al vendaje que le cubría la cabeza. Parecía no darse cuenta de las mutilaciones sufridas ni de que su rostro hallábase vendado totalmente, excepto los ojos y una pequeña franja libre en el lugar de la boca.

Así fue hallado por míster Crabb la tarde en que fue a visitarle, acompañado por el profesor Yeniev y un jefe de las Fuerzas Aéreas.

Informados por los doctores que atendían a Kutsner de la favorable situación del paciente, habían decidido interrogarle con precaución, por si podía suministrar algunos detalles aclaratorios. La conversación, para ser reproducida posteriormente, sería grabada en cinta magnetofónica.

Mientras el profesor Yeniev ponía en marcha el magnetofón, míster

Crabb dirigióse a Kutsner afablemente:

-¿Qué tal se encuentra, Kutsner? -preguntó.

Estaba éste sentado en un confortable sillón junto al ventanal. Hizo un ligero movimiento para mirar a los recién llegados, y trató de incorporarse. Parecía muy debilitado y deprimido.

-No lo haga, por favor -se lo impidió míster Crabb, tomando asiento en el borde del lecho, frente a Kutsner-. Queremos tan sólo charlar un poco con usted. Me reconoce ¿no es cierto?

Kutsner asintió. Su mirada parecía perdida a lo lejos. Al hablar, su voz tuvo un intenso tono de amargura.

-Míster Crabb -murmuró-. Me creen loco ¿No es cierto? Deseaba hablarle.

-¡Magnífico! -animóle éste-. ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza? Hable sin esforzarse. Cuando sienta cansancio, lo dejamos.

-¿Qué ha sido de Rivas y Carrigan? ¿Y la señorita Turdini ? -indagó Kutsner con voz lenta, sin dejar de mirar al exterior. Costábale trabajo hablar tras los vendajes.

-Se encuentran perfectamente. No se preocupe. Vendrán a verlo mañana.

Bruscamente, Kutsner enderezóse, y, tras un segundo en que pareció seguir con la vista el vuelo de un invisible moscardón, fijó la mirada en el aparato magnetofónico que zumbaba imperceptiblemente.

-¡Cuántas cosas quedarían explicadas...! -murmuró, sentándose nuevamente-. ¡Qué corta es la vida!

Míster Crabb miró rápidamente al profesor Yeniev. Este hizo un leve gesto triste de inteligencia. También el enviado militar movió la cabeza pesarosamente, sin que Kutsner lo notara.

Tras aquella pausa, míster Crabb intentó conducir la conversación por otros derroteros:

-Según dijeron sus compañeros cayó usted en poder del enemigo. ¿Recuerda lo ocurrido en el planetoide? Cuando el enemigo...

-¡No eran enemigos! -protestó Kutsner, con inesperada energía-. ¡Eran amigos! y fueron destruidos... -su voz terminó en un murmullo ininteligible.

-Pero... «ellos» le torturaron...

La tarde acercábase a su fin. Aquella suave penumbra y las frases de

míster Crabb parecieron animar a Kutsner.

-No me torturaron -aclaró con voz reposada-. Fui acondicionado, adaptado, para salir de mi horrible ceguera de terrícola. ¡Somos ciegos, míster Crabb! ¡La especie humana es ciega! Ahora puedo ver lo que es invisible para todos los demás. Puedo ver más allá del rojo y el violeta; percibir sonidos inaudibles para los terráqueos...

Quedó en un sobrecogedor silencio, como afinando el oído. Y entonces dijo lo que produjo un estremecimiento en sus oyentes:

-«Ellos» lo hicieron. Deseaban ser amigos, y fueron destruidos... Ahora estoy condenado por siempre.

-¿Ellos? ¿Quiénes eran, Kutsner? -preguntó temblorosamente míster Crabb. Los tres hombres quedaron escuchando con ansiedad.

-Unos seres extraordinarios. ¡Dios mío! -Kutsner llevóse las manos a la vendada cabeza con desesperación-. He visto más, mucho más de lo que un cerebro humano puede soportar. ¡Mi cerebro enloquecerá!

Tras unos segundos, prosiguió:

-Seres que habitan un mundo ignorado. Sus moléculas vibran a la velocidad de los rayos infrarrojos y son invisibles para nosotros. Pueden, sin embargo reducir las vibraciones a voluntad. Se nutren de un metal extraído de vegetales -e iba excitándose a medida que hablaba.

-Cálmese, Kutsner -recomendó míster Crabb-. Otro día seguiremos. Hay tiempo.

-No. El tiempo es otro error humano. El tiempo no es más que una dimensión como la distancia. Puede avanzarse y retroceder en él. Me lo han demostrado. ¡Por favor, escúchenme! -su voz era patética-. El Sol, solamente las radiaciones solares, tal y como las percibimos en la Tierra, pueden destruir a esos seres. Ellos perciben sólo una gama de las radiaciones solares, filtradas por la densa atmósfera que envuelve su mundo. Pero llegarán. Llegarán a la Tierra y se adueñarán de ella. No por la fuerza, sino por la amistad y el amor. Tienen conocimiento de tales maravillas que nos harán sus voluntarios esclavos.

Los tres hombres que escuchaban a Kutsner callaban, mirándose unos a otros. Evidentemente, el desgraciado Kutsner vacilaba entre la demencia y la razón. Este continuó:

-Poseen seres artificiales adaptados para habitar mundos distintos al

suyo. Únicamente son visibles por un halo de minúsculas partículas luminosas. Ellos me trasladaron a la plataforma...

-¡Por Dios! -interrumpió míster Crabb, con sobresalto-. ¿Dice que estuvo en la plataforma?

-Sí; allí lo supe todo. Mi vista fue sacada de las tinieblas en que vivimos. Me dijeron... ¡No! ¡No me hablaron! Fue... como... ¡No puedo explicarlo! -clamó Kutsner con desaliento-. ¡Pero lo supe! Ellos enviaron mensajes de amistad a la Tierra -habló precipitadamente-. Y también el portentoso elemento que sacaría a los terráqueos de su estrecha franja de siete colores y de las reducidas vibraciones sonoras que percibe. Pero el Sol lo destruía. Quisieron que volviera a la astronave para que así lo explicase en la Tierra. Me llevaron. Y entonces fueron destruidos. ¡Oh, Rivas! -gritó como un poseído, poniéndose de pie-. ¡Tú lo hiciste! Y eran amigos... -terminó, sordamente.

Luego quedó inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, desalentado, y encerrado en un mutismo del que no salió ya, ni aun cuando míster Crabb le golpeó cordialmente en la espalda, diciéndole:

-Adiós, Kutsner. Deseamos su pronto restablecimiento.

Los tres hombres salieron de la habitación, en la que quedó el hercúleo Kutsner, con el aspecto abrumado de un hombre poseedor de un secreto espantoso; de un secreto que ninguna mente humana pudiera soportar.

* * *

Meses después, a la entrada de un precioso hotelito de la Riviera italiana, Lina Turdini, con ajustada falda gris y «sweater» amarillo, apeóse del coche que conducía.

Tomando el sol en el jardín, cómodamente sentado en una butaca de mimbre, Rivas la vio llegar sonriente.

-He traído el correo, querido. Noticias de nuestros amigos. Mira -y le mostró tres cartas-. Papá, Vic y míster Crabb. ¿Qué te parece?

-Que estás maravillosamente hermosa.

-¡Uf! -Lina hizo un delicioso mohín de enfado-. ¡Qué hombres...!

Sentándose sobre uno de los brazos de la butaca, Lina pasó un brazo por la espalda de su marido.

-Vamos a leerlas -dijo-. En el supuesto de que sea verdad eso de que un matrimonio no ha de tener secretos.

Rivas abrió el primer sobre. Era del profesor Turdini, padre de Lina. La carta se extendía en recomendaciones a los recién casados y terminaba deseándoles felicidades. La postdata hizo sonreír a los dos.

«He sido destinado a la sección de Análisis de la Organización. Me han concedido unos meses de descanso. Y pienso reunirme con vosotros para estropear parte de la luna de miel a ese destrozón de cristales y asaltante de profesores indefensos.»

La carta de míster Crabb era más lacónica. Reflejaba, a pesar de ello, el afectuoso aprecio que sentía por ellos. Pero al final, como si hubiese querido omitirlo, les informaba que Kutsner había dejado de existir, y acompañaba un pequeño sobre que éste dejó para Rivas.

Con mano insegura, Rivas abrió el sobre en el que había escrito:

«A Carlos Rivas, mi amigo y compañero.»

La carta de Kutsner decía así:

«Carlos: Entre las brumas que nublan mi razón hay algunos claros. En uno de ellos te escribo.

»No puedo seguir viviendo. Soy un hombre aplastado por un terrible conocimiento. He sido asomado al abismo del infinito y su profundidad me atrae. Nunca volvería a ser un hombre normal.

»Sé, por tu carta, del matrimonio con Lina. Te llevas una gran mujer. Valerosa, inteligente y atractiva. Mi felicitación a los dos.

»Y no olvides que nuestro -más bien vuestro- mundo es la Tierra. Goza en ella, amigo, sin sondear el desconocido infinito. Haz caso de un condenado.

»Adiós. Adiós a ti, amigo, mi entrañable amigo, y a Carrigan, el menudo Vic, de corazón tan grande. Mis saludos a Lina. Kutsner.

»P.D. No habían orquídeas en el planetoide, Lina.»

Con ojos arrasados, Rivas terminó de leer la misiva del amigo perdido. Volvió el rostro hacia su esposa y vio las lágrimas resbalando por sus mejillas. .

Incorporándose, la estrechó contra su pecho.

-¡Pobre amigo! -murmuró-. Era demasiado bueno para estar entre nosotros.

Algunos minutos después, leyeron la carta de Carrigan. Aún no sabía éste nada de la muerte de Kutsner. Escribía brevemente sobre su vida en

Boston, ocupando la Cátedra de Física. Deslizaba la esperanza de que algún día fuesen a visitarle, y tal vez...

«...tal vez ya no esté tan solo -había escrito-. Me han flechado. Es maravillosa, con perdón de, Lina, y ¡esto es estupendo!, no sabe qué estrellas componen la constelación del Cisne. Ello me encanta de tal forma...»

Rivas sonrió al leer éste párrafo, y Lina le imitó. Luego, estrechándose junto a él, quedó mirándole mimosamente a los ojos.

-¡ Dios quiera que sea feliz, Carlos, como nosotros lo somos! -murmuró.

Él la atrajo más hacia sí y quedó mirando los oscuros ojos.

-Ventanas al infinito -musitó, besándolos.

Ella suspiró, feliz.

A lo lejos, en la limpia línea del horizonte marino, unas gaviotas parecían escribir enigmáticos signos en el azul del cielo.

FIN

Aquel planeta poseía la extraordinaria facultad de desobedecer todas las leyes científicas y comportarse como un ente caprichoso cualquiera. Y fue Tecumseh Carson, fugitivo de la justicia terrestre, quien descubrió que dicho planeta no era sino un monstruoso ser vivo capaz de pensar y dotado de completa autonomía.

EL PLANETA ERRANTE

sabía que un mundo gemelo a la Tierra iba a ser destruído por una diabólica secta integrada por científicos nucleares; y sabía también que sólo Tecumseh Carson podría salvar a la Tierra del mismo fin veinte años después.

Muy lejos, en otro Universo distinto, dos hombres y una hermosa mujer asistieron a su propio fin, contemplaron cómo incontables hordas de horrendos seres surgían de las entrañas del mundo y lo avasallaban todo hasta anticiparse a la apocalíptica desintegración.

KAREL STERLING

el autor que se ha impuesto a todos los públicos, les ofrece la escalofriante versión de que un drama acontecerá cuando

EL PLANETA ERRANTE

surja de los negros abismos siderales para enfrentarse a Karlah, el astro maldito.

No deje de adquirir esta fascinante novela que les ofrecerá en su próximo número la

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*

Notes


[←1]

Es sabido que la onda luminosa recorre 300.000 kilómetros por segundo. El año-luz, medida empleada para las distancias estelares, es el resultado de multiplicar los segundos de tiempo de un año terrestre por 300.000 kilómetros.